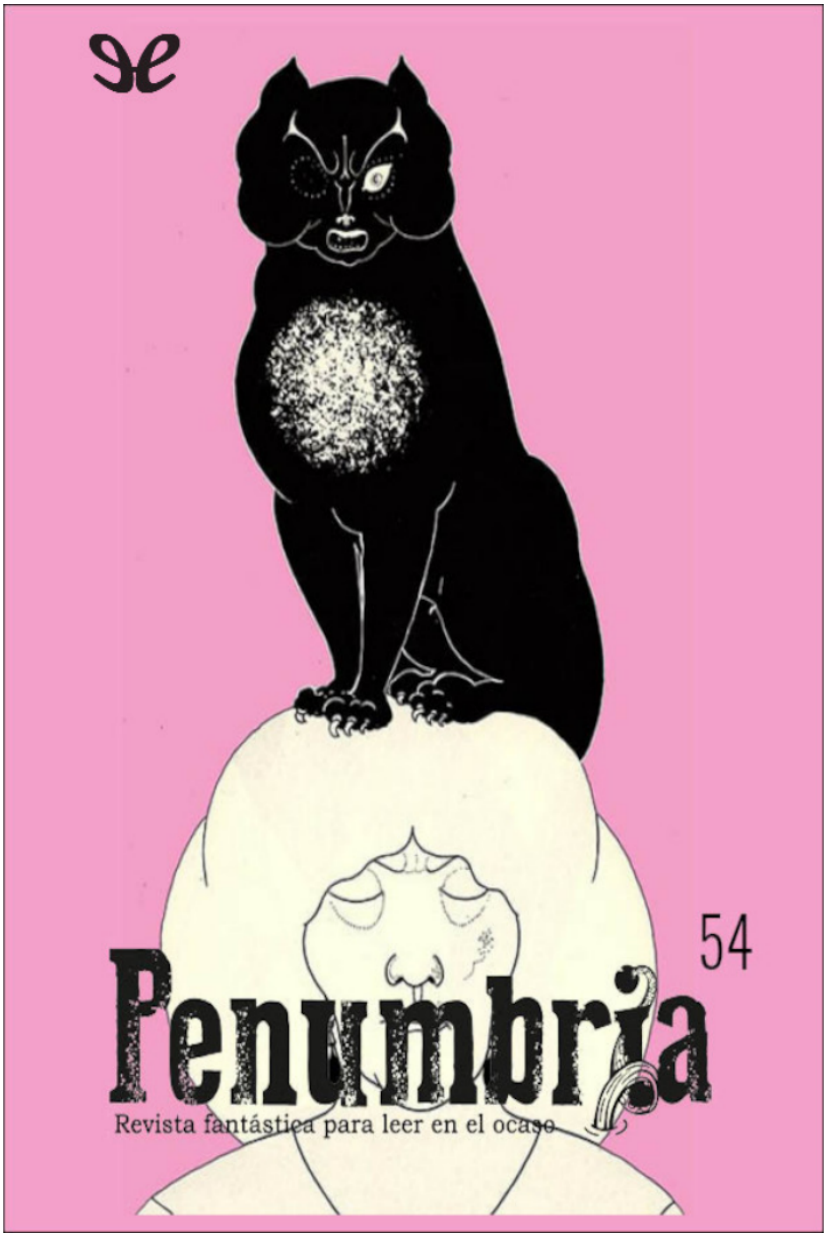

Penumbria

54

Revista fantástica para leer en el ocaso

Aves, mamíferos, reptiles, insectos y arácnidos pueblan los veintiocho cuentos de la tienda de antigüedades del perverso Mefisto. Sumérjanse en ella y disfruten de estas fechas, nuestras favoritas del año. Todo el equipo de Penumbria les desea una terrorífica noche de brujas y un fantasmagórico día de muertos.

AA. VV.

Penumbria 54

Antología Revista Penumbria - 54

ePub r1.0
Titivillus 03.06.2023

Título original: *Penumbria 54*
AA. VV., 2021
Diseño de cubierta: Aubrey Beardsley

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México (CC BY-NC-ND 2.5 MX)

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/

Torre de Johan Rudisbroeck

La relación del ser humano con los animales es compleja. Podemos amar a unos, temer a otros, venerarlos, convertirlos en deidades o demonios, aprovecharnos de ellos, odiarlos o, incluso, vivir felizmente esclavizados por ellos. Todas estas facetas se exploran en las historias que seleccionamos para este número dedicado a animales malditos. No fue una tarea sencilla escoger entre los casi trescientos cuentos que recibimos y, como es de esperar, muchos que nos hubiera gustado incluir se quedaron fuera.

Esperamos que disfruten estás historias de venganza, asesinatos en defensa propia, demonios encubiertos, familiares, rituales de resurrección y todo tipo de horrores protagonizados por animales de la más amplia variedad. Aves, mamíferos, reptiles, insectos y arácnidos pueblan los veintiocho cuentos de la tienda de antigüedades del perverso Mefisto. Sumérjanse en ella y disfruten de estas fechas, nuestras favoritas del año. Todo el equipo de Penumbria les desea una terrorífica noche de brujas y un fantasmagórico día de muertos.

Mariano F. Wlathe

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Lo que sale del pantano

Alicia Mares

México

Cerraron la planta al tercer brazo cercenado, pero estos continuaron apareciendo. Por eso Papi no me llevaba para allá, *porque lo que viene del pantano no debería.* Ahí se interrumpía.

Igual no me daban ganas de ir a escalar tanques, a pegarles con el puño y, con la oreja pegada al metal hirviente por el sol del sureste, contar los segundos en retroceso hasta el eco. Sí, eso hacen los ingenieros en las plantas petroquímicas veracruzanas: escalar tanques y buscar ecos, sostener el crudo en un matraz mientras por abajo lo calienta la flama del mechero, verlo burbujear negro en lentos besos de chapopote. Así era el trabajo de Papi.

Sabía que se echaba unas cheves con los otros ingenieros al caminar a través de la Planta Crangejera, con las suelas de las botas embadurnadas en el caldo verdoso del pantano. Sabía que desde hace dos años tenía el ojo bien abierto, para buscar huevos y fauces abiertas.

La verdad, yo prefería volver a la Reserva Yaguarundí. Mitad jaguar mitad lince, con algo de gato espolvoreado: eso son los yaguarundíes, parsimoniosos, jugosos y sibilantes en cada doblez de sus patitas. ¿Y quién no preferiría los ojos amarillo lentejuela de un yaguarundí a los ojos opacos —pozos de agua puerca— de un cocodrilo agazapado entre las patas retorcidas del mangle y el rojo gritón del framboyán?

Gritar fue lo que hicieron los novatos al matar su primer

cocodrilo. Les había salido bien, según Papi: les sobraron escamas para pegar en sus botas con UHU y carnita para asar sobre las asoleadas refacciones de fierro.

Pero cuando le rajaron la panza fue cuando vino el grito de verdad. Y es que adentro de aquel saco grisáceo que fluctuaba hacia el rosa del beso había un brazo humano arrancado de cuajo.

Adiós, taquitos, y mal provecho.

Ese fue el primero. Nunca encontraron al dueño. Hicieron inventario de los técnicos y nomás se había escapado el borracho habitual, por lo que fueron a preguntar a las comunidades cercanas: chozas entre pardos lodazales, ollas con tegogolo y mujeres renqueantes, panzonas, niños jugando entre los carrizos. La constante del rojo gritón de los flamboyanes.

Ahí sí había desaparecido un muchacho, pero no parecían muy preocupados. *Cuando sea temporada de lluvias volverá*, le dijeron, mustiamente mascando pedazos de carrizo. Papi era ingeniero y sabía de matemáticas, pero no de los refranes. De cómo se desdobla el verbo *volverá*.

Cuando llegó julio el muchacho volvió, labios exprimidos de tanto besar. Resurgió sin piernas, con los ojos comidos por un pez y las carnes agusanadas. Con ambos brazos.

Carcomidos, atónitos y con pelos parados, los pobladores despanzurraron un segundo cocodrilo y apareció el segundo brazo.

Para el tercer brazo, que pertenecía a un niño —*era el que estaba jugando fútbol aquel día, yo lo sé, yo lo sé, yo lo sé*, se mesaba los cabellos Papi—, la gran Compañía de Chapopote decidió cerrar la planta. De todos modos tenían otras chorrocientas y esta no era muy productiva, además de que se les estaba infestando de cocodrilos. Como se cuela el moho a los pisos, oliendo a alberca recién vaciada, como anidan las plagas en toda hoja.

Crangejera se apagó y silbó con goznes oxidados al viento. Los ingenieros pisaron el caldo del pantano en marcha marcial, lanzaron las latas de cheve hacia el sol cabizbajo y comprobaron que el atardecer era un megáfono para los gritos rojos del flamboyán. Luego se marcharon.

No fue hasta que cumplí dos años que volvió a llamarme el caldo verdoso del pantano. Lo había amado tanto de oír las

anécdotas de Papi que decidí escaparme a visitarlo. Escalé fuera de mi cuna, esperé a que fuera noche plateada y cerrada, pero Papi me sorprendió a mitad del escape; tenía el lodo embarrado en las patas y la mandíbula trabada, tenía los ojos tan relucientes del susto y la boca tan abierta, que él abrió la suya y dejó pasar al pantano.

Nunca me dijo que seguían apareciendo más brazos. Los ingenieros intentaron detener a los pobladores, pero luego se unieron a las partidas de caza y arreglaron motores de lanchas destartaladas. Cazaron cocodrilo tras otro, aplastaron huevos con las botas de titán, empezaron fuegos y humos que la Compañía de Chapopote explicó como fallas de Planta Pajaritos.

Llovía como temporada de huracanes. Huían los cangrejos, paralelos a la ruta de destrucción, pero aun así eran aplastados. Caían más y más hombres al agua, ya empapados por la lluvia tropical, con la tráquea abierta como para drenar el pantano.

Nunca me dijo que mataban más cocodrilos y aparecían más brazos ensangrentados en sus vientres, y que las cuentas nunca les daban. Brazos, brazos. Había más brazos que hombres, burbujeando en el musgo del pantano tras un *¡plop!* Más brazos que cocodrilos.

Y es que los cazaban como alimañas. Ya no salían de sus hoyos, miraban todo con ojitos de poza apagada que comenzaban a comprender —en chispazos de bengala— lo que era el miedo.

Si en la temporada de lluvias vuelven los muertos, es momento ideal para sembrar a los niños. En primavera todas las cosas germinan y los pantanos hablan de regreso.

Papi nunca me dijo, pero comenzaron a nacer muchos niños en las chozas enlodadas, muchos, muchos niños. Camadas y camadas de niños mancos, nacidos sin brazos. Con muñones chupaditos hasta el hueso.

Los padres se miraron entonces las palmas escamadas, callosas por sostener machetes y rifles; se miraron las botas de titán empapadas por el lodazal. Miraron las ciénagas que los miraban de vuelta. *Las cosas que vinieron del pantano no deberían*.

Los niños, desnudos del hombro para abajo, arrancados de cuajo de sus madres muertas, agitaron los piecitos hacia el cielo, hacia el grito rojo de los flamboyanes.

Nunca me dijo, pero creo que entiendo por qué ya nunca me

saca del tanque en el patio, lleno de agua ensangrentada y carrizo artificial. Ha traído un nuevo huevo hoy.

El ladrón de fotografías

Miguel Lupián

México

Por siete noches consecutivas he sido testigo de un acto peculiar: un carancho entra por la ventana. Levanta el pestillo con el pico curvo y con la cabeza desliza el vidrio sobre el riel. Asoma la cara. Me ve acostado en la cama. Inflama el pecho y brinca sobre mi estómago. Recorre orgullosamente el cobertor, encajándome las garras. Al llegar al borde de la cama, se impulsa y aletea hasta subir al escritorio. Camina tirando cuadernos y plumas con su larga cola negra. Llega a la pared tapizada con las fotografías de mis amigos. Coge una de ellas y sale volando hasta la lenga de enfrente, donde construye su nido con ramas, pasto, pelos y mis fotografías.

Hoy amanecí mirado el último par de fotografías que adornan la pared. Intenté recordar las que el carancho se llevó… no pude. Tendría que tener más amigos. Sé que tengo más amigos. Pero sus rostros, sus nombres y sus voces se han evaporado.

Por la noche el carancho entra por la ventana e inicia su recorrido hacia la pared que se encuentra detrás del escritorio. Le impido coger más fotografías. Agita sus alas, emite chasquidos ásperos y me lanza picotazos. Con una mano trato de disuadirlo y con la otra alcanzo la vieja Polaroid. Disparo. El carancho se sosiega, ladeando la cabeza. Agito vigorosamente la fotografía y la coloco en su pico. Sale de su estupor y vuela de regreso a la lenga.

En su nido, el carancho mira la fotografía. Voltea para todos lados. No sabe qué hacer con ella, con el nido. Emite un último chasquido mientras cierro la ventana.

Relojería suiza

Marti Lelis

México

I

Él se había entregado en la ancianidad al recuento de sus memorias. Patriarca de una estirpe de relojeros suizos, aún tenía su taller en las colinas de Biel cuando un misterioso caballero británico le encomendó crear un insecto que fuera más aterrador que el ciervo volador y ornamentado con mayores lujos que un makech. Le pidió guardar el secreto y le entregó las especificaciones detalladas del funcionamiento que la criatura debería tener. «Será un regalo», dijo, «para obsequiar a Hong Xiuquan, supuesto hermano menor de Jesucristo y rey celestial de la rebelión Taiping».

II

El relojero trabajó de luna a luna en su taller. Se hizo acompañar de un amigo violonchelista que repitió sin descanso las seis suites de Bach para templar las manos arrugadas que, con habilidad, fueron poniendo en su lugar los delicados engranajes, pistones, pivotes diminutos y gemas del mecanismo. El cuerpo imitaba el de una deidad egipcia: cabeza, tórax y élitros plegables sobre el torso. Adentro, instaló el aguijón impregnado del curare amazónico que el inglés le entregó. A la siguiente luna llena el artesano entregó el trabajo y, poco después, murió.

III

Cuando las tropas imperiales de Inglaterra y Francia, a la

vanguardia del ejército manchú, entraron al palacio de Nanjin, no encontraron resistencia: la corte de Hong Xiuquan lloraba horrorizada ante el cuerpo convulso del emperador. La parálisis pulmonar llegó. El Rey Celestial finalmente abrazaría a su hermano mayor, hijo de Dios. Sobre su lecho había quedado, desapercibido, el reluciente aguijón.

IV

Posada en un arbusto, ya libre del dardo inyector, la criatura maldita del relojero suizo desplegó sus élitros y se replicó; fueron dos, luego cuatro, ocho, así sin parar. Grabado en una escama de su vientre, llevaban el apellido del anciano quien no vivió para ver crecer su fama cada vez que alguien capturaba un ejemplar del insecto magnicida. Ahora están por todo el orbe.

V

Yo tengo uno atado con una cadenilla de oro a mi escritorio. Mi fortuna está en mirar su pedrería preciosa, su lento andar sobre mis papeles y libros. Descubrí una palanca diminuta en su costado: cada vez que la presiono puedo escuchar, levemente horrorizado, el violonchelo mortal de Bach.

Ascalaphobia

Majo Domínguez

México

—¿A qué le tienes miedo?

La pregunta siempre me pone de un humor raro y normalmente me quedo un buen rato pensando en qué responder, no porque no conozca la respuesta, sino porque sé la reacción que provocará. He visto la burla en sus ojos y las sonrisas condescendientes cuando respondía, las miradas de deleite al tomarme como el típico caso de fobia de manual, digna de terapia. Así que ahora lo pienso antes de responder, algún miedo común, algo que pase desapercibido. Muchos le tienen miedo a la oscuridad, también a la muerte; varias personas han compartido su miedo a los payasos y las risas no se hacen esperar, pero no como si fueran un caso de psiquiátrico, sino en apoyo a algo ridículo en teoría, pero en la práctica todos están de acuerdo: quédate a solas con un payaso y no tardarás en imaginarte las formas en que podría matarte. Yo he optado por mencionar el mar últimamente. Ese gigantesco espacio capaz de devorarte y no volver a saberse de ti nunca más. Es más fácil que decir la verdad. Porque eso también requiere una explicación, y es ahí cuando toda imagen de persona racional y cuerda me abandona, dejando la impresión de la que he estado intentando escapar toda mi vida: el de una persona profundamente trastornada.

Intenté explicarlo una vez, pero sonaba tan absurdo, incluso a mis propios oídos, que acabé uniéndome al coro de risas y admitiendo que era una tontería. Y es que no hay forma de darle sentido a algo que te ha perseguido gran parte de tu vida. Lo único

que deseas es dejarlo atrás.

Y luego hay días como hoy, en que solo quieres ver tus miedos validados.

—¿Cuál es tu peor miedo? —vuelven a preguntarme y mi vista se pasea por el salón decorado con motivos de Halloween hasta posarse en una de las esquinas y dejar que mi boca responda por mí.

—Mariposas.

Ahí están las risas. Puedo incluso sentir las miradas indulgentes, preguntándose si es broma. Ojalá lo fuera. Ojalá pudiera decir que los últimos treinta años de mi vida han sido parte de una elaborada broma.

Todo empezó con el jardín.

Cada primavera se llenaba de mariposas y competía con mi hermana menor por quién lograra atrapar más. Nos colocábamos en silencio e inmóviles junto a las flores para sujetar sus alas en el momento oportuno y luego las metíamos en una bolsa transparente. Normalmente yo ganaba porque tenía un mejor pulso y mi hermana acababa con los dedos manchados del polvo de sus alas. Al final del día abríamos las bolsas para liberarlas, pero se quedaban posadas en el suelo, como si estuvieran demasiado mareadas para volar. Ahí las dejábamos y repetíamos todo al día siguiente, sin preguntarnos qué pasaba con las del día anterior.

Hasta que un día apareció la mariposa negra.

Yo esperaba a que una monarca cerrara las alas junto a un brote de margaritas cuando escuché a mi hermana gritar. Señalaba insistentemente el tronco de un árbol al centro del jardín. Solo se veía la corteza oscura y unos aros que se formaban como ojos a los costados. Me acerqué lo más que pude y estiré un dedo para tocarlos, pero apenas había rozado una superficie sedosa cuando algo oscuro saltó hacia mi rostro. Sentí unos diminutos filamentos aferrándose a mi piel y entré en pánico. No debieron pasar más de cinco segundos, pero la terrible sensación se quedó grabada en mi memoria desde entonces. Sentí un golpe en la frente y fue como si un montón de ventosas se despegaran de mi piel. Mi hermana sostenía un palo de escoba y no paraba de llorar mientras en el suelo se retorcía una enorme mariposa oscura. En mi frente quedó estampado un círculo negro que, al día de hoy, todos creen que es

una marca de nacimiento. Cuando recuperé el equilibrio y volvimos a mirar al suelo, la mariposa había desaparecido.

Quisiera decir que ese breve encuentro fue el desencadenante de mi miedo, pero fue solo el inicio. Esa noche sufrí una fiebre muy alta y, en la oscuridad de mi cuarto, no dejaba de ver un par de aros como ojos acechándome en una esquina.

A la mañana siguiente encontraron a mi hermana muerta en su cama. Al parecer se había ahogado con algo, pero solo hallaron partículas de polvo en su garganta. Mis padres nunca se recuperaron y yo no dejaba de pensar en la mariposa.

Después de eso la vi varias veces más, y cada vez que la veía alguien moría a mi alrededor. Mis padres no tardaron en reunirse con mi hermana. Un día escuchamos unos fuertes golpes y nos encontramos con el cuerpo maltrecho de papá al pie de las escaleras. Dijeron que había tropezado, pero nadie más que yo notó el polvillo negro en su camisa. Luego se le unió mamá, ahogada como mi hermana. La encontré en la bañera. No tenía agua en los pulmones, pero sí polvo.

Y a partir de entonces comenzó mi rotación por distintos hogares. Primero con familiares, y cuando estos se acabaron llegaron los de acogida. Todos muertos en extrañas circunstancias. Y en todos un rasgo en común que solo yo notaba: el polvo de las alas de la mariposa. Fue noticia de varios titulares.

Lo primero que hice al salir del sistema fue cambiarme el nombre. No quería que me relacionaran nunca más con esos casos. He tenido que cambiar varias veces de trabajo. Y de ciudad, para no llamar la atención.

—¿Por qué tendrías miedo de una mariposa? —me insisten entre risas.

Supongo que estarán sacando conclusiones ante mi mirada perdida.

Sería el momento para contarles todo, a costa de ser nuevamente el blanco de burlas. Pero al final sonrío y tomo un sorbo de refresco.

—No lo entenderían.

Mientras la plática continúa, yo fijo la vista en la esquina más alejada de la oficina, donde unos aros como ojos me observan desde la más completa oscuridad.

El hámster en mí

Mariano F. Wlathe

México

Todo empezó el día que encontré en la cochera de casa de mis padres el cuerpo momificado del Sr. Tom, el hámster que mi hermano y yo tuvimos cuando eramos niños. El pobre animalito había muerto en el descuido y el abandono. Su cuerpo momificado aún estaba tras las rejas de la jaula sobre pedazos de papel periódico manchados por la humedad. Me sentí culpable, así que tomé su cuerpo y lo metí en una vieja caja de chocolates para hacerle, en el jardín de mi casa, un pequeño funeral a modo de disculpa. Rumbo a mi casa, escuché un ligero ruido que provenía de la caja donde había guardado al Sr. Tom, pero decidí no prestarle atención. Cuando llegué a casa y tomé la caja, noté que ésta tenía un agujero y el cuerpo del Sr. Tom ya no estaba. Busqué en todo el carro, pero los restos del Sr. Tom habían desaparecido. Pensé que probablemente se cayó por el agujero antes de subirme al carro, así que lo di por perdido. No sin algo de culpa.

Por la noche, un sonido recorrió las paredes de mi habitación hasta detenerse sobre el ventilador de techo. Sonaba como si alguien, o algo, escarbara. Un rascar constante que se prolongó toda la noche, un roer que me hizo pensar que la casa estaba infestada de ratas. Traté de dormir, convencido de llamar al exterminador al día siguiente. Sin embargo, en la madrugada, sentí un golpe en las piernas que me despertó. El ventilador se había desprendido del techo. Sin estar del todo despierto y sin comprender aún lo que había pasado, vi brillar dos pequeñas luces amarillas en el hoyo del

techo donde antes estaba el ventilador. Dos diminutas luces que apuntaban directo hacia mí. Al espabilar un poco, entendí que no eran luces sino el reflejo de la misma en dos pequeños ojos encendidos por la ira y la venganza. Los ojos revividos del Sr. Tom.

Los «accidentes» continuaron y se agravaron con el paso de los días. Traté de negociar con él, pero su hambre de venganza fue más grande que los montoncitos de semillas de girasol que coloqué a modo de ofrenda. El Sr. Tom buscaba cada vez formas más elaboradas para deshacerse de mí. Mordisqueó las conexiones eléctricas en el baño e intentó electrocutarme un par de veces. Convencido de que mi vida dependía de detener al Sr. Tom, puse trampas por toda la casa. Dormía rodeado de ratoneras esperando ansioso el sonido que me librara del espíritu vengativo del hámster de mi infancia. Mis vecinos debieron pensar que había enloquecido cuando me vieron colocar docenas de trampas en el patio. Sin embargo, el Sr. Tom no cayó en ninguna de ellas y sus ataques se volvieron más refinados y efectivos.

Terminé en el hospital con varias fracturas después de chocar contra un poste porque el maldito hámster royó los frenos de mi auto. Mi situación era desesperada. Ningún gato o perro que llevé para enfrentarlo se atrevió a darle caza. Mi única alternativa era pelear contra él, cara a cara. Me envolví en infames trampas de pegamento, me até un par de ratoneras e hice un lanzallamas con un desodorante en aerosol y un encendedor. Busque al Sr. Tom en cada rincón de la casa, derribé paredes y me introduje por los ductos de ventilación. Finalmente, nos encontramos. Sus ojos amarillos brillaban coléricos. No fue una pelea sencilla, pero logré que cayera en una de las ratoneras, que se cerró con tal fuerza y rapidez, sobre el diminuto cuerpo del Sr. Tom que lo partió a la mitad. El hámster reanimado aún logró arrastrar su mitad superior tratando de huir mientras sus intestinos se extendían por el piso unos… diez centímetros. Tomé el mutilado cuerpo del Sr. Tom, que aún intentaba morderme, y lo arrojé por el inodoro, convencido de que la pesadilla había terminado. Y así fue, durante un par de días.

Yo había vuelto a mi rutina diaria y mi casa había vuelto a la normalidad, salvo por las paredes derribadas que aún debía reparar. Los ataques del Sr. Tom, ahora, me parecían irreales. Un terrible sueño del que por fin había despertado. Pero mi viejo hámster aún

tenía un último movimiento, tan osado, que jamás lo habría podido imaginar. Ya con la paz mental recuperada, me dispuse un día a hacer uso del baño. Estaba sentado en el escusado cuando un extraño ruido recorrió la tubería. Todo sucedió muy rápido. Todavía no sé en qué momento el Sr. Tom salió de la taza del baño y entró en mí. Sentí sus pequeñas garras recorrer mis intestinos como si se tratara del laberinto de tubos de su vieja jaula. Cada uno de sus diminutos pasos me provocaba un dolor indescriptible. Desesperado, tomé un cuchillo, dispuesto a abrirme las entrañas y sacar al hámster con mis propias manos. Fue en ese instante en que el dolor dejó mi zona abdominal y subió muy rápido por mi tórax. Náuseas y fuertes arcadas se apoderaron de mí, sentí la bola de pelos en mi garganta. Imaginé que pronto lo vomitaría y me desharía de él, pero empezó a roerme por dentro. Sentí cómo atravesó mi garganta y subió hasta mi cabeza.

Mientras el Sr. Tom devoraba parte de mi cerebro, sufrí fuertes convulsiones y sentí cómo sus recuerdos se entremezclaban con los míos. Lo vi olvidado en su jaula, abandonado. Sentí la soledad, el hambre y el frío que pasó. Sentí su ira y su convicción al sumergirse en un letargo profundo en espera de la oportunidad de vengarse. Sentí la vitalidad súbita que lo recorrió cuando encontré lo que creí era su cuerpo momificado y, finalmente, sentí el placer de ver su venganza a punto de consumarse. También vi con horror lo que pasaría a continuación. El Sr. Tom, con el control de mi cuerpo, me obligaría a matar a toda mi familia, a quienes veía igual de responsables que yo por su abandono. Horrorizado, utilicé el poco control que aún me quedaba para clavar el cuchillo en mi cuello y decapitarme. Para mi desgracia, no morí debido a la poderosa voluntad del Sr. Tom que ya dominaba mi cerebro. Ahora mi cabeza cercenada gira en dirección a casa de mi padres, sin que yo pueda ejercer el más mínimo control sobre ella, como una ensangrentada bola para hámster.

Limpieza

Yanzey Morales Marín

México

El coyote merodeaba nuevamente por los corrales, se escucharon los cencerros.

—¡Es grande! —decía mi papá. Lo aseguraba porque de un impulso se movía la cuerda con campanas con la que rodeamos el corral. Se movía tan rápido que, mientras corríamos a querer atraparlo, el alboroto y las nubes de plumas de las gallinas cubrían su huida. Cuando aterrizaban, mi papá no sabía si enfurecerse o preocuparse con las caras de sus hijas al mirar dentro del corral. La escena era brutal, los montículos de plumas contrastaban con los charquitos rojos en el piso y las manchas en las tablas de las paredes, pero lo que parecía sacado de una pesadilla eran los cuerpos de las gallinas abiertas por la mitad, sin tripas, como cuencos vacíos. Mirábamos con ojos de plato mientras conteníamos la respiración. No era fácil explicar lo que sucedía. Cada vez que el animalejo hacía su aparición, aumentaba el número de gallinas victimadas; se volvía más hábil, más rápido. ¡Solo comía sus vísceras y dejaba el resto en el suelo! ¿A qué horas despanzurraba a tantas? Llegó un momento en que la mirada de mi papá tuvo una cierta extrañeza: el asesino lo hizo dudar sobre su identidad o sobre si era solo uno. Los perros preferían no acercarse, ladraban desde la cocina los muy cobardes. Solo las gallinas y el pobre gallo, Claudio como lo había bautizado mi papá, eran testigos de la masacre. Por cierto que el pobre, seguramente haciéndose el héroe, intentaba detener la insaciable alimentación pues siempre lo encontrábamos

todo alterado y con sangre por todo el cuerpo. Mi papá atendía personalmente a Claudio desde que era polluelo. Al agua con la que lo bañaba le ponía un chorrito de agua bendita: tenía la esperanza desde entonces de que fuera buen pisador y parece que había resultado. Mi papá le tenía un especial aprecio. Desde que sucedían estos ataques al corral, con mayor razón le proveía limpieza y cuidado. Bueno, la última vez tuvieron que ser dos chorritos al agua.

Mi papá había sido una persona sensata toda su vida. Iba contra sus principios creer que el asesino de gallinas era más que un simple coyote. La información era clara, pero las respuestas solo podían salir de alguna historia de horror. Las pérdidas económicas más la frustración de no poder atrapar al animal le hicieron pensar en una forma para poder acabar con él. Nos dijo que repartiéramos las tripas de res que había comprado en el mercado (y a las que les había puesto veneno) alrededor del corral. Quizá si tiene el alimento servido no sentirá la prisa de huir y entonces podríamos atraparlo o matarlo, lo que fuera más fácil.

El olor puso muy nerviosas a las gallinas, supongo que las sangres rojas de los animales no huelen tan diferente y el reguero les hizo recordar a sus compañeras. Cada una ya estaba en su nido, podíamos sentir su tensión. Queríamos alistarnos para iniciar con el plan y la trampa cuando nos dimos cuenta de que el gallo no estaba en el corral. El sol había caído ya. Mi papá nos pidió que nos mantuviéramos afuera. Se preocupó un poco por el gallo, pero ya estaba todo listo y el tiempo era oro.

—Ya aparecerá —dijo mi papá. Él estaría adentro, al pendiente con la escopeta lista para cuando el coyote hiciera su aparición.

Las gallinas comenzaron a inquietarse, presentían la cercanía del asesino. Nosotras tratábamos de estar tranquilas. Nos tocaba abrir las láminas del corral, una ala a cada quien, para que el animal no tuviera problema en entrar. Al escuchar a las gallinas, mi papá nos pidió que abriéramos. Él estaba en la esquina contraria a la entrada, cubierto con una lona y la boca del rifle apuntando afuera. Algo se acercaba, se escuchaba su andar en la hierba. Nos guarecimos cada quien detrás de su ala de lámina. El miedo nos dominó; no quisimos asomarnos, escuchábamos desde nuestro escondite. Las gallinas empezaron a lanzarse de sus nidos desde antes de que entrara el

animal. Se escuchó el aleteo y los cocoros nerviosos de las gallinas. Escuchamos la voz de mi papá:

—¿¡Tú!?

Después, el aleteo de las gallinas y el escándalo se multiplicó. Esperábamos el sonido del plomazo de la escopeta de mi padre, pero no fue así. El temor aumentó y el miedo nuevamente hizo lo suyo. ¡Estaba paralizada! Podían escucharse ruidos de azotes en las tablas de las paredes del corral, una docena tal vez. Podía imaginarme la gran fuerza de los golpes. De pronto los sonidos se detuvieron y mi respiración fue volviendo a la normalidad.

El cuadro se parecía mucho al de la última vez, ¡solo que las manchas sanguinolentas no olían a sangre de gallina ni eran pequeñas ni había plumas! Mi padre yacía en el charco de sangre más grande… ¡¡Abierto en canal, sin vísceras!! Como pude comencé a gritar y a llorar. La impotencia me hizo abrazar el cuerpo de mi padre mientras la sangre tibia se iba impregnando en mi ropa. Mi hermana estaba tras de mí, tampoco podía creer lo que veía. Por ningún lado se veía al maldito animal asesino. Claudio estaba en una esquina, su cuerpo temblaba y estaba tan bañado en sangre como ahora yo lo estaba.

Esa noche hicimos lo necesario para despedir a mi padre. Limpiamos el gallinero y, lo más importante, preparamos el agua como lo hubiera hecho mi padre para limpiar a Claudio.

Monstera mortis

Julio César Ortega López

México

7 de mayo de 19…

Cuando cumplí la edad suficiente para ayudar en el laboratorio a mi padre, el Dr. Charles Ray, me encomendó la tarea de instalar a las «vespas» en las colmenas artificiales. Se trataba, a decir verdad, de una colonia de *Apis mellifera*, abejas comunes y corrientes. Y si bien era un científico tan riguroso como el resto, la sonoridad de aquella palabra afilada debía de evocar en su recuerdo la pesada puerta de roble de su despacho, detrás de la cual se enfrascaba en la lectura de extraños volúmenes vedados al entendimiento de mentes menos prodigiosas. Alguna vez el Dr. Ray me había invitado a compartir con él mis impresiones sobre un tal Von Juntz que lo obsesionaba, autor de un par de textos infames en los que la filosofía, la ciencia y la historia transgredían los límites de sus disciplinas en busca de un conocimiento superior.

Lecturas que a la luz de los hechos más recientes que me propongo narrar aquí quizá resulten ejemplares para los conocedores de esos textos ocultos…

Todo comenzó la mañana del 30 de abril bajo una desacostumbrada luz ambarina cuando advertí que las vespas, la colonia entera, habían desaparecido.

Por aquellas fechas el Dr. Ray había caído presa de un interés excepcional en ciertas plantas exóticas del sur de América, particularmente la *Monstera*, también conocida como costilla de

Adán. Con el cometido de emprender determinados experimentos de polinización cruzada entre diversas familias de plantas tropicales, el Dr. Ray había erigido un pequeño invernadero detrás de las dependencias del laboratorio, en el mismo huerto donde las vespas producían dulce espesor dentro de sus bastidores. Las abejas, desde luego, ocupaban un sitio fundamental en el esquema del experimento: ellas acarreaban la esporas entre ejemplares masculinos y femeninos, propiciando floraciones insólitas y, por ende, nuevos linajes de plantas, a cada cual más exuberante.

Ocasionalmente lo asistía en el invernadero, pero de común pretextaba cualquier cosa con tal de evadirme de aquella atmósfera sofocante. Además, los experimentos del Dr. Ray con las abejas me perturbaban. En un principio la polinización seguía al pie de la letra un esquema de tres pasos: recolección de la espora masculina, transporte (auspiciado por la abeja) y depósito de la espora en el estigma femenino. Al final del experimento, la abeja era depositada de vuelta en el panal. Sin embargo, con el pasar de los días los experimentos fueron adaptándose a un esquema mucho más elaborado cuya lógica yo no alcanzaba a comprender salvo por sus nuevos (y peores) efectos: las abejas comenzaron a morir.

Yo me lamentaba por la suerte de mis abejas, ávida cuenta de mi dedicación al proyecto, pero era más fuerte la admiración que sentía por mi padre, su perseverancia, la maquiavélica lucidez con la que ejecutaba sus experimentos. Su único descanso, fugaz e ilusorio, como el de otros hombres de genio atribulados, llegaba solo cuando conseguía el éxito largamente deseado. Y el mayor éxito de su vida, a la postre, le ha dado el descanso eterno.

No obstante, esta noche, mientras me dispongo a contar las circunstancias de su muerte (¡el abominable aullido de las *Monsteras* colmando la noche más allá de la ventana!), tengo que aceptar que el concepto de lo eterno, de la paz que trae consigo *la muerte* de la materia, es solo uno de los consuelos de aquellos incapaces de transformar los paradigmas de la naturaleza. La primera transgresión del Dr. Ray, en este sentido, fue traer de vuelta a las vespas de la muerte…

Como decía, aquella mañana luego de advertir la desaparición de las abejas, me planté ante la puerta del invernadero, mareado por la sola idea de cuestionar sus procedimientos, y llamé a la

puerta golpeando un poco más fuerte de lo habitual. El Dr. Ray apareció al instante, con el rostro descompuesto por una gran impresión, tal vez el horror. Lo tomé del brazo con la intención de conducirlo al laboratorio, pero instintivamente se sacudió mi mano de encima y retrocedió hacia el interior del invernadero, internándose en el frondoso sistema linfático de las plantas trepadoras y las costillas de adán arracimadas en el suelo, y sin darme la cara dijo:

—Las vespas… Las vespas estaban muertas, muchacho. ¡Pero yo las traje de vuelta! ¡Las traje de regreso! Ahora solo cabe esperar…

—¿Esperar qué? —dije sin atreverme a franquear la puerta.

—A ver el efecto polinizador de la muerte en las *Monsteras*…

Di la vuelta. No volví al laboratorio hasta pasados varios días.

Por entonces yo me hospedaba en un tapanco en la parte alta del pueblo, relativamente lejos de los aposentos de mi padre, y un par de días a la semana fungía como asistente en la cátedra del Dr. H., reconocido químico y arqueólogo, por lo que me distraje lo suficiente como para olvidar la perturbadora escena del invernadero. Una vez pasada la impresión, volví en busca del Dr. Ray, esta mañana.

Sobra decir que no lo encontré. En vano recorrí la casa, el laboratorio y, finalmente, el invernadero, pero haciendo una inspección más detenida hallé su bitácora de trabajo entre las plantas. La última entrada, de dos noches atrás, es la que sigue:

He perdido el libro de Von Juntz en el invernadero y no hay otra manera de hacer callar a las Monsteras. *Su canto nocturno me llama con la voz de las profundidades, sus raíces palpan en las oquedades de la tierra bajo mi habitación, arañando la duela. Las escucho, las huelo, su promesa de calor me desorienta…*

Tengo que encontrar el libro de Von Juntz esta misma noche.

Volví al invernadero esta tarde una última vez. Removí el espesor de las plantas, quebrando hojas y frutos sin saber qué más buscaba, y luego emergí a las últimas luces del día, húmedo de todos lados. Me palpé la ropa, el cabello: estaba bañado en sangre y vísceras. Detrás de mí, entre una agitación inusual de las *Monsteras*, empezaba a alzarse una especie de maullido desolador.

Tejedoras

Vivi Page

México

La niña se fue cantando *witzi, witzi araña subió su telaraña…* Su vestidito azul ondeaba al ritmo de sus brinquitos. A lo lejos su mamá dio un grito de alegría y corrió hacia su alcance. Llevaba algunos minutos buscándola. Bastó con un momento de distracción para perder de vista a Sara, su hija.

Sara estaba jugando con otros niños en el parque. Leonor, la madre, descansaba en una banca, platicando con otros adultos. En tanto, la pequeña enfrentaba una importantísima batalla contra la lava que le impedía tocar el piso. Cuando perdió el juego se dirigió enojada hacia los columpios.

Fue en ese lugar donde la vio: una araña grande, gorda y negra. Pensó que su mamá se hubiera ido corriendo, les tenía pavor. Ella, en cambio, sintió curiosidad porque el arácnido tenía un comportamiento extraño. Se acercó a ella y se dio cuenta de que se trataba de una tarántula pequeña, de color negro azabache, aterciopelada, segura aunque lenta en su caminar. En un momento pareció percatarse de la presencia de la niña. Entonces se detuvo unos instantes para luego continuar su camino a paso mucho más rápido. Sara la siguió y llegaron hasta una angosta cueva. El arácnido se detuvo ahí y comenzó a tejer su telaraña con ritmo constante. La niña estaba maravillada, no podía dejar de ver el espectáculo. Era hermoso, incluso cuando notó que la telaraña no tenía la clásica forma circular: en su lugar se iba formando un rostro humano. Luego, decenas de arañas pequeñas y patonas

salieron de las sombras, rodeando a la niña que no veía nada más que el rostro de telaraña. Al momento de sentir que todo su cuerpo estaba rodeado de arácnidos, gritó lo más fuerte que pudo.

Afuera un leve grito de terror se perdió entre risas, llantos y voces de quienes disfrutaban de un día de abril en el parque. Leonor se percató que su pequeña ya no se encontraba en el área de juegos.

Luego de encontrarla felizmente cantando, Leonor le preguntó a Sara dónde había estado. La niña muy emocionada le mencionó que ya había visto cómo tejían las arañas.

—Algún día tú también tejerás.

—Espero que no —respondió la mujer, imaginándose la desagradable escena.

Cuando papá llegó hubo una pequeña discusión por la irresponsabilidad de Leonor al perder de vista a su hija. Sara intentó contentarlo llevándole un poco del café qué tanto disfrutaba su progenitor, quien no vio las bolitas al fondo de la taza.

Algunos días después el hombre tuvo fuertes dolores de estómago en plena madrugada. Pensó en ir con el médico esa misma tarde, sin embargo no tuvo tiempo de hacerlo. A las cuatro y media de la mañana era tal su dolor que no pudo contener un grito. Su esposa alarmada encendió la luz y descolgó el teléfono para llamar a emergencia. Apenas había marcado el número nueve cuando su marido se alzó la playera y dejó al descubierto su barriga moviéndose, como si algo por dentro empujara la piel, hasta que reventó. Chorros de sangre y carne cubrieron el rostro de Leonor, quien apenas pudo observar a las arañas subiendo por su cuerpo. Ni siquiera pudo gritar, estaba en completa conmoción. Los animalejos se metieron a su boca, a sus oídos, cubrieron cada parte de su cara.

Al día siguiente Sara se levantó y bajó a la cocina, donde su mamá preparaba omelettes para ambas. Después del desayuno llegó el autobús escolar por Sara y Leonor condujo hasta su oficina.

Las dos tuvieron un excelente día. De hecho, los compañeros de Leonor dirían que ella estuvo de buen humor, pues se ofreció a llevarles el café.

Mientras tanto, en casa, el cadáver de un hombre estaba siendo cubierto por una telaraña.

Nébula

Pok Manero

México

Su humana tenía meses de haber desaparecido. Un día se fue a trabajar y nunca volvió. Su humano parecía inconsolable, pero aun así seguía trayendo croquetas a casa para Nébula y sus hermanos y limpiando los areneros a diario, por lo cual resintió la ausencia pero no se preocupó tanto.

Hace unas cuantas semanas su humano empezó a mostrar síntomas extraños: se veía pálido y desganado, al toser salía sangre de su boca y en un par de ocasiones cayó de bruces al suelo, pero siempre se levantaba y seguía con su rutina, incluyendo el acariciar a cada uno de los cinco gatos y decirles lo mucho que los amaba.

La semana pasada el humano de Nébula se acostó en el sillón como solía hacer todos los días para tomar su siesta. Ella corrió como siempre para acostarse a su lado y dormir con él, mientras acariciaba su barriguita y ella hacía «masitas», clavando sus garras afiladas como ganchitos en el mullido sofá. Pero esta vez fue diferente, pues no se despertó ni a los veinte minutos, ni a las cuatro horas, ni al día siguiente. La gatita parda, casi negra, se levantó por croquetas, a usar el arenero y se puso a correr como loca por el departamento como hacía todas las madrugadas, pero su humano seguía postrado en el mueble. Ni siquiera despertó como invariablemente hacía al escucharla pelear con Salem y Tristán. Al volver a acostarse en el sillón con él, sintió que estaba frío. Se acurrucó en la curva que describía su cuerpo, hecha bolita junto a su vientre, tratando de darle calor, pero no sirvió.

Los humanos no lo sabían, pero Nebu y sus hermanos habían descubierto una forma de abrir la ventana para salir a la calle. Casi nunca lo hacían, en parte para no preocuparlos y también para que no se dieran cuenta de que solían ir de vez en cuando en busca de aventuras en las calles peligrosas (que ya no lo eran tanto, porque cada vez estaban más vacías). Una vez que se terminaron las croquetas del costal que rompieron con garras y colmillos, impulsados por el hambre, se vieron obligados a salir a buscar alimento. Finnegan y Dómino fueron los primeros en no volver, tal vez encontraron un nuevo hogar en el que los alimentaran y apapacharan como es debido. Tristán iba y venía, trayendo consigo presas frescas para compartir con su hermano Salem, el cual nunca salía. Nébula se las arreglaba por sí sola, cazando alimañas, hurgando en basureros y trayendo regalos para su humano, los cuales depositaba a los pies de su cuerpo inerte, que ya empezaba a despedir un aroma desagradable por el cual ella dejó de dormir con él.

Preocupada por su humano, Nebu recordó que en alguna de sus escapadas escuchó a otros felinos hablar de un gato viejo y sabio que vagaba por la zona. Se decía de éste que era versado en las artes oscuras, incluso había un rumor de que era un nigromante, pudiendo traer de vuelta a otros animales que habían muerto. Con esto en mente, se dio a la tarea de buscarlo, lo cual fue relativamente sencillo pues siempre deambulaba en los alrededores de la vieja iglesia. Era un gato pálido de apariencia fantasmagórica, hacía mucho tiempo que había perdido el collar que lo identificaba como Filiberto y que su pelaje se había tornado de un pulcro blanco a un percudido tono grisáceo, propio de la tierra y el polvo en los que se revolcaba al retozar en el pavimento. El viejo gato fantasmón le pidió un ratón fresco a manera de pago por la información que le daría. Tras devorarlo, recitó la lista de ingredientes necesarios y los pasos a seguir para llevar a cabo el ritual.

Las colas de lagartija fueron lo más fácil —y divertido— de conseguir, bastaba con atrapar a una y prensar su cola contra el piso para que ésta se desprendiera mientras el reptil seguía corriendo. Para hacerse de un poco de tierra de panteón y cenizas de cruz tuvo que averiguar qué era un cementerio y dónde estaba el más cercano, pero al llegar a él los gatos residentes amablemente le

dieron lo que necesitaba. Las alas de murciélago fueron un poco más difíciles, pero una vez que supo que había de esos roedores voladores en un edificio abandonado no muy lejos de ahí, no descansó hasta poder atrapar uno (y su carne fue de buen sabor). Uno de los humanos que vivían en el mismo edificio que ella tenía culebras como mascotas, así que capturó a una de ellas para completar los elementos del ritual.

Con todos los ingredientes dispuestos alrededor del sillón, en el cual su humano aún dormía el sueño de los justos, Nébula trazó los diagramas con sangre de ratones, tal como se los había descrito el viejo gato sabio. Esperó a ese momento de la noche que los humanos solían llamar la hora del Diablo o del lobo, aunque para ella era simplemente la hora en que los gatos suelen correr por toda la casa, maullar e interrumpir el sueño de los humanos. Sus maullidos atrajeron a Salem y a Tristán, quienes se asomaron con curiosidad a ver lo que hacía.

Tras terminar los cantos e invocaciones, Nebu volteó al sofá y miró expectante, ansiosa por descubrir si el rito había sido exitoso. Grata fue su sorpresa al notar que el humano se movía, letárgica pero indiscutiblemente. Feliz por haber logrado traerlo de vuelta, subió de un brinco al sillón, emitiendo un ligero chillido de emoción, como el de una pequeña rata. Las manos de su humano la sujetaron y la acercaron a su rostro. La minina esperaba besos y abrazos, pero tras escuchar un escalofriante estertor mortecino saliendo de la boca del hombre, sintió el dolor de la mordida. Al principio se asustó, desconcertada por esta inesperada muestra de afecto, pero de inmediato se tranquilizó y se alegró, sabiendo que su humano estaba bien y que ahora nada volvería a separarlos.

Nirah

Daniel SanMateo

México-Francia

Los magos lo habían leído en los astros.

La lluvia comenzó tiempo después, primero algunas gotas escasas, rocío para los pastos secos de la ciudad de las terrazas ajardinadas. Las plantas bebieron el agua y reverdecieron como jades bajo el sol brillante.

Florearon árboles y eso atrajo a los insectos que sorbieron el néctar ligero hasta saciar sus vidas. Sus cadáveres se contaban por millones cada nueva mañana, barridos de las terrazas de piedra, de los toldos de tela de los mercaderes de la gran plaza. Los sacerdotes los recogían tras el paso de los barrenderos, apilados a la salida de los templos y con paladas los vertían en los quemadores. Así al menos mantenían las hogueras ceremoniales quemando sus holocaustos, todo para el placer de los dioses que recibían el hollín como ofrenda de muerte.

En ese tiempo también las langostas emergieron desde lo profundo de las arenas y atacaron los sembradíos ribereños con furia. Sus aleteos incesantes serenaban la noche con su ruido monocorde. Era tal el desconcierto que los habitantes de la ciudad clamaron a su rey por una solución. Los magos ordenaron incendiar los cultivos y el fuego arrasó con las cosechas y los jardines colgantes de la ciudad.

Y así las langostas fueron exterminadas y el silencio se adueñó nuevamente de las calles, la gente pudo dormir otra vez con pierna tendida hasta que los panes se agotaron de los hornos. El hambre se

apoderó de las tripas de todos. Muchos murieron de inanición, los infantes primero, las madres con sus pechos resecos y los ancianos y los enfermos.

El rey cargó una caravana con especies y ánforas de aceite dulce, la envío a la ciudad más cercana a cambio de grano y diez mil cabezas de oveja. Nunca regresó con los víveres, la caravana convertida en el pago de viejos tributos de guerra y de pactos de paz corrompidos.

Para este momento la lluvia ya no era matinal, sus gotas engrosadas caían sobre los tejados y el agua se escurría por las paredes a hasta entrada la noche. La ciudad exhalaba petricor cuando las nubes permitían una rendija al sol que golpeaba las grandes piedras. Nadie hacía una pausa en su trajín para disfrutar el aroma, ya los ojos sumidos en sus cuencas y la vista negra y desesperanzada.

La lluvia fría, su manto denso, caía como cuchillos desde las altas nubes y laceraba pieles de un tajo. Ahora también el granizo pintaba de blanco las calles, se amontonaban las esferas heladas, algunas del tamaño de un puño, y nadie salía más de sus hogares, muertos del frío, arremolinados junto a las hornillas de brasas para calentar sus cuerpos cada vez más débiles.

El rey, decían las voces en el viento, había enloquecido. La reina se había cortado la yugular con un puñal de marfil, regalo de un antiguo kalan, y los príncipes se encontraban dolientes de una enfermedad desconocida para la cual los magos no hallaban cura.

Llovía ya día y noche, la ciudad bajo una oscuridad acuosa, una niebla permanente que ocultaba todo. Las calles desoladas, el miedo escurriendo como cascada desde las cimas de los zigurats, los holocaustos extintos.

Los magos debían aplacar a los dioses antes de que los designios lunares se hicieran realidad.

Hicieron llevar al gran templo a todas las mujeres que no habían tenido su primera sangre, las lavaron con el agua de la lluvia eterna y les pintaron signos en los cuerpos desnudos con polvo de incienso. Invocaron a los dioses antiguos, invocaron a sus mensajeros, Istarán cimbró con un estruendo el templo ante el grito de las doncellas.

Los magos elevaron sus plegarias, incendiaron los últimos candiles de grasa de cordero, el templo se iluminó como un bosque

hecho de fuego. Las luces reverberaban en los cuerpos núbiles, los signos centelleantes, y los magos arrojaban el polvo aromático y la sala de sacrificios se llenaba de un aroma penetrante. Las mujeres cayeron en un sopor, Nirah, la serpiente celestial, descendió como un vapor desde la cúpula del templo. Mensajero del gran dios, venía a cobrar la ofrenda de la carne viva, la ofensa de la juventud ante los reflejos de lo eterno.

Se irguió con su cuerpo escamado y sus ojos hinchados, rojos de sangre, su pupila ofidia en el sacrificio hermoso. De entre sus colmillos y por encima de su lengua bífida escupió un agua ácida sobre el cuerpo de las jóvenes, sus carnes cedieron como cera derretida. Nirah reptó por entre los huesos y su cola golpeó las columnas del edificio. Cayeron como una lluvia de piedra sobre los magos, los candiles derramaron su grasa flamígera e incendiaron sus túnicas. El fuego consumió sus cuerpos con esa lluvia de magma viva y Nirah emitió un ruido desde el centro de su largo cuerpo y toda la ciudad vio el quiebre de sus fundaciones.

Afuera, la lluvia continuaría por meses, la ciudad sepultada bajo las aguas, sus piedras desquebrajadas, reducidas a lodo en el diluvio nocturno, sus habitantes un grito ahogado bajo las lluvias de purificación.

Esto era el designio de los dioses, la extinción en el círculo de la vida y muerte, el renacer de la serpiente que sube y baja, que muerde su cola sin final.

Su piel de escamas, cambio de piel y forma, una balsa perdida entre las olas del tormento.

Alas con furia

María Olivia Guarneros Rodríguez

México

Quizá fueron sus manos pegajosas llenas de quién sabe qué cosa o los gritos destemplados que llenaban la casa y sus linderos de tarde en tarde. Lo cierto es que algo desató la furia de Polo y Nana. Hay que decir que no eran los únicos que sufrían sus embates. Desde que se asomaba el sol, se podían escuchar sus pasos minúsculos bajando las escaleras. A veces, aparecían a toda carrera, nerviosos y trepidantes. En otras ocasiones, un halo sigiloso los envolvía y sólo notaban su presencia cuando, trepada en una pila de ladrillos o en un montón de leños acomodados a voluntad, asomaba las naricillas donde nadie la llamaba.

En una vieja y amplia tina, habilitada como corral, todos estaban a su merced. Los pío pío revoloteaban despavoridos ante su presencia; la rapidez de su carrera les auguraba cierto éxito. Las gallinas más crecidas amenazaban con picotearle las manos y eso las convertía en las más peligrosas. Pero Polo y Nana, con su doble pechuga y sus patas planas, aunque apresuraran los pasos, eran los primeros en sufrir sus agresiones. Los cogía de las colas o les apretaba el gaznate, pregonando cuán hermosos eran, mientras embadurnaba sus cuerpos blancos y suaves con aquella textura empalagosa que siempre tenía en las manos: chocolate, tierra, mermelada o un sinfín de porquerías cualesquiera.

Cuando acababa con el tormento, iba en busca de los perros o los gatos que nunca faltaban en la casa. Pronto se cansaba de abrazarlos y acicalarlos. Entonces se le ocurrían los juegos menos

predecibles. Parecía una discípula de Mengele, dispuesta a comprobar las ideas más disparatadas que le venían a la cabeza: soltaba a los polluelos en cubetas de agua para mirar cuántas veces agitaban las alas antes de sucumbir por la falta de aire. Los sacaba casi ahogados, sorprendida por los resultados que comprobaba una y otra vez. Cuando nadie la miraba, correteaba a las gallinas con la escoba, acorralándolas entre los pitbull que su padre encadenaba cerca de un viejo chiquero. Las asustadas cocorinas batían las alas sin poder volar, tropezando entre ellas cuando saltaban para evitar los golpes o las mordidas furiosas de los canes. Los perros de pelea ni por ser los más salvajes se libraban de los tormentos. Ataviada con un vestido de estrellas y una corona de plástico, tomaba un palo con punta afilada que su padre ocupaba para azuzar a los canes y, como un antiguo cetro, repartía justicia a esos súbditos que enseñaban los dientes y se laceraban la piel del cuello cuando jalaban con fuerza la cadena que los mantenía a raya.

Encontraba el momento oportuno para idear los más variados martirios. Sus hermanos mayores nunca jugaban con ella. Odiaban ese estertor agudo que salía de su garganta en la situación menos propicia y que sólo podían calmar si cedían a sus caprichos. Polo y Nana intuían que su graznido no cesaría bajo el filo del cuchillo que utilizaba la madre de la casa para desangrar una gallina cada fin de semana. Los dos habían criado ya a tres camadas que veían desaparecer apenas crecía en las manos de muchos extraños.

Una de esas tardes en que vestida de princesa acongojaba a los gatitos más pequeños, cortándoles los bigotes, observaron una salida propicia. La madre pelaba gallinas todos los viernes para venderlas en el mercado del pueblo los sábados muy de madrugada. Se encerraba en la cocina y, entre cacareos y plumas, dejaba a su primorosa jugar en el patio sin vigilancia alguna. El padre no llegaba con los hijos hasta que casi caía la noche; la construcción de bardas o cuartitos lo requería junto con los muchachos mayores.

La falsa princesa con su cetro de lanza azuza a los perros, corretea a los pollos y va por Polo y Nana; quiere amarrarles el pico. Muchas veces le ha preguntado a su madre por qué se ríen de ella. La mujer le ha tratado de explicar que no lo hacen. «Graznan. Sólo eso. Aunque parezca que se ríen». Ella no le cree. Así que cuando puede silencia sus picos con trozos de manguera que

encuentra entre las cosas de su padre.

Corre detrás de los gatos y les propina dos o tres patadas con sus tenis rosas. Toma a Polo con fuerza y lo recarga en su regazo. Busca dónde sentarse. Nana empuja la silla de madera y bambolea su cuerpo como un barco rumbo al brocal del pozo. Ella duda un momento. Pero mira cómo Nana grazna una carcajada burlona y va en su busca, apretando el cuerpo de Polo con fuerza. Cuando está cerca de Nana, suelta a Polo y la atrapa con dificultad. Su madre le ha enseñado cómo hacerlo para evitar los picotazos y el roce furioso de las alas. Le tuerce el cuello y Nana parece que cede con el amarre que la inmoviliza. La niña se sienta en el brocal. Como puede, saca de un bolsillo lateral el trozo de plástico para aprisionar el pico de su presa. «Por grosera», le acomete. Polo emite un graznido potente. Es la señal. Nana endereza el cuello y se lanza contundente contra su verdugo. Picotea donde puede. Polo, con un par de aleteos, salta y busca la cara, los ojos. La niña trata de esquivar los aleteos y los picotazos. Grita como tantas tardes. Su madre la escucha a lo lejos y piensa «otra vez con sus berrinches».

Polo y Nana no cejan en su cometido hasta que la falta de equilibrio despeña a la niña hasta el fondo.

Los perros de pelea han dejado de ladrar. Los gatos menean sus cuerpos escuálidos sobre los techos. Polo y Nana nadan en el tanque de agua en una esquina del patio. Un silencio exquisito se asoma cuando cae la tarde. Sólo el grito de la madre irrumpe la paz conquistada.

El cazador furtivo

Rafael E. Caro

Argentina

Atrás queda la noche, capturada para siempre por el follaje impenetrable de la selva. El afluente del cauce principal del Amazonas me transporta junto con mi cargamento. Desde las jaulas un lamento de graznidos y chillidos se despiden del que fue su hogar. Sé que el mío no es el oficio más honorable de todos, pero al menos me alcanza para subsistir.

Las riberas del brazo de agua se abren delante de mi vista; desde el margen derecho, el contorno del puerto se eriza de mástiles de veleros pequeños. El amanecer ahuyenta la danza de constelaciones sobre este hemisferio.

Los obreros del puerto me tratan con un temor supersticioso. La mayoría tiene sangre indígena, entre ellos circula la idea de que la jungla reclama tarde o temprano lo que se le ha arrebatado.

Superviso la descarga de mi embarcación: tortugas de porte severo, una madre tití que aferra con fuerza a su cría bajo su vientre, penachos de plumas deslumbrantes y los picos amarillos de una pareja de tucanes completan el desfile de seres cautivos. Un sentimiento de pesar compartido unifica al contingente de animales. En este punto uno aprende a no pensar demasiado en el botín más allá de su valor comercial.

Entre el apiñamiento de una de las jaulas de los pájaros tropicales, uno de ellos llama mi atención. Se trata de un guacamayo macho, se destaca de entre sus congéneres por algo que no alcanzo a definir. El ave me observa con la dureza líquida de una

tormenta tropical. Tal vez es eso —en contraste con la mansedumbre resignada de sus compañeros— lo que me atrae.

—Separen este guacamayo para mí —ordeno.

Los cargadores obedecen. Al igual que el presentimiento de una tempestad inminente, hay una especie de fuerza contenida en la actitud del guacamayo.

—Tu nombre será Arabay —sentencio.

El intercambio comercial de los pequeños habitantes selváticos termina con ganancias satisfactorias. Ahora soy el dueño y portador de Arabay, quien viaja a mi lado en una jaula individual hasta el siguiente poblado, donde él vivirá conmigo.

Los vientos de la temporada de monzones diluyen el paso del tiempo; el caserío es una mancha borrosa dentro del verde que lo rodea. Sin poder capturar más animales a causa del clima, me dedico al adiestramiento de Arabay. Él se limita a comer y beber sin moverse. Da la impresión de despreciar todos mis intentos por enseñarle algunas palabras del lenguaje humano e insiste en un silencio tosco.

En vano trato de ganarme el afecto del ave. Mientras lo alimento lo insto a aprender a imitar mi voz para que me pida comida. Arabay picotea con calma las frutas o semillas; yo debo considerarme con suerte si apenas me mira de reojo con aire altivo.

Por la frustración de esa tarea (el desprecio genera desprecio), comienzo a disminuirle sus raciones de agua y comida. Arabay, lejos de chillar por el trato que le doy, cubre su cabeza con una de sus alas y permanece así casi a todas horas.

Un par de veces sacudo la jaula para conseguir alguna reacción.

Nada.

Harto del pajarraco, decido embalsamarlo.

—Vas a servir más como adorno que como mascota —lo amenazo con un tono de insulto. A salvo, de este lado de los perímetros de su prisión, me parece percibir la mirada torva desde los ojos del papagayo.

Encargo a un chiquillo del poblado al taxidermista. Al día siguiente, el niño trae la respuesta de parte del embalsamador: vendrá en tres días para llevarse al animal.

Los síntomas de la malaria se manifiestan. Supongo que es inevitable enfermarme después de recibir cientos de picaduras

durante mis expediciones furtivas. Hace calor, sin embargo, tirito. Mis carnes se consumen entre convulsiones. Una brisa de aire filtra al interior como si se empeñara en hacerme creer que siempre hubo, hay y habrá esta languidez de firmamento azul.

Veo (¿o acaso es un espejismo inducido de la fiebre?) al ave, siempre reacia a ser mía, entrar en mi casucha a mitad de la noche. Sus garras se posan sobre la manta que me cubre. Los barrotes de acero de mi lecho me rodean.

El papagayo despliega sus alas verdes, semejantes a lustrosas hojas de palmeras surcadas por breves trazos rojos y amarillos impertinentes. Mientras expiro, Arabay me cubre con ellas como si fueran unos párpados emplumados.

Abro los ojos.

Me hallo en una habitación en la que jamás estuve. Y, dentro del recinto, en uno más pequeño todavía. Los barrotes sí me parecen familiares. Me resulta desconcertante caber dentro de una jaula. Es una prisión dentro de otra, contenida en otra más que es mi cuerpo, con alas en lo que fueron brazos y dos patas en lugar de piernas.

Intento protestar, un graznido sale de mi garganta.

Vislumbro a mi alrededor un tapir que simula olfatear una hierba inexistente debajo de su hocico. No se mueve en lo absoluto. Próximo al cuadrúpedo, hay una serpiente enrollada en un pequeño tronco seco que, tan quieta como el tapir, finge un ascenso por la corteza que jamás se produce. Mis compañeros han muerto hace quién sabe cuánto tiempo… con su ilusión congelada de vida en este zoológico cuya perversión sólo puede ser la hechura de manos humanas.

De espaldas a mí, el taxidermista se afana, preparando sus pinzas, cuchillos y demás instrumentos de trabajo para él, de tortura para mí. Aleteo con desesperación, tratando de advertirle a mi verdugo que soy… o solía ser una persona. Mi plumaje de verdor selvático no lo disuaden. El embalsamador avanza hacia mí con su inyección letal.

Mi único consuelo es que pronto me veré libre del sufrimiento.

Mis alas, desplegadas; mis patas, fijas en un pedestal de madera. Mis globos oculares han sido reemplazados por esferas de vidrio. Todavía capto lo que ocurre sin poder huir. Contemplo los fragmentos de nocturnidad.

Más allá del ventanal, las fauces podridas de la noche devoran todo el paisaje de la jungla.

Arachnida

Mariano Bertello

Argentina

I

El magistrado bajó el mazo de manera violenta y con ese gesto selló el destino de Beatrice Van Hagen una calurosa mañana de verano de 1653 en Ipswich, Massachussets.

—El castigo por brujería es la muerte, señora Van Hagen. Determino que su cuerpo sea purificado a través del fuego inmediatamente. No hay razón para que permanezca más tiempo en esta tierra de Dios.

—Señor Magistrado, no le he hecho daño a nadie —replicó Beatrice, con lágrimas en sus ojos y la voz derrotada.

—Guarda silencio, mujer. Ya has dicho suficiente. Maldigo el día en que decidí darte el apellido de mi padre —pronunció desde las sombras del recinto Ignatius Van Hagen, esposo de Beatrice.

—Ignatius…

—¡Silencio, bruja! No vuelvas a dirigirme la palabra. Espero que las llamas te hagan sufrir —sentenció el esposo y arremetió intempestivamente contra las puertas, saliendo del recinto.

Todas las miradas del pueblo se posaban en Beatrice. Algunas con asco, otras con desdén, unas pocas con miedo. Ninguna de las miradas contenía misericordia o piedad. No había nada de eso para las brujas.

Beatrice fue arrastrada por dos hombres corpulentos hasta la colina que coronaba el pueblo.

Durante su trayecto, una macabra procesión embadurnada en morbo la escoltó hasta el sitio de ejecución. Fue insultada y maltratada durante todo el camino, le arrojaron piedras y comida en mal estado. Escupieron su rostro y maldijeron su nombre.

Al llegar a la cima, la subieron a un montículo de ramas secas y maderos. La ataron a un poste con firmeza, sin siquiera hablarle. Desde ese altar, observó las miradas de la gente. Estaban ansiosos, de alguna manera hasta felices. Miró sus pies y vio que, desde las ramas, una escuálida araña violinista trepaba en dirección a su cuerpo. Estaba bien. Con eso sería suficiente.

Beatrice murmuró un pequeño cántico, apenas audible, apenas un susurro. La araña comenzó a escalar por su cuerpo y se detuvo en su cuello. Beatrice no podía verla, pero la sentía ahí, donde el pulso yugular es visible y caliente. Terminó su cántico y en ese preciso instante la araña la mordió.

Los sentidos del diminuto animal se ampliaron, como si todos sus ojos pudieran ver más, como si su olfato se potenciara a kilómetros de distancia. Sentía de otra manera. Percibía de otra forma. Tenía conciencia. Descendió del cuerpo condenado y se arrastró entre el bosque de ramitas secas a toda velocidad. La madera tenía un olor tóxico, combustible, amenazante.

Un hombre acercó un chispero y el entorno de la araña se iluminó con fuego. Ahora estaba en peligro, por lo que correr ya no era una opción. Agazapó su cuerpo rechoncho y saltó todo lo que pudo. Aterrizó con agilidad en el fresco césped. Miró su abdomen y vio que la bolsa de tela que llevaba sus huevos, su progenie, seguía allí.

Un sonido tremendamente agudo encendió todas sus alarmas; se detuvo y retrajo sus patas, haciéndose más pequeña, menos visible. El sonido era el alarido de Beatrice, cuando su cuerpo fue alcanzado por las llamas. Fue un alarido primitivo, casi animal. Desgarrador.

La araña giró su cuerpo y levantó la vista hacia la mujer. Como si Beatrice supiera exactamente dónde estaba el arácnido, fijó su vista hacia allí y sus ojos se cruzaron. Quizá fue una casualidad. Quizás una despedida.

La araña volvió a enfilar su cuerpo y continuó su marcha determinada hacia el pueblo. Tenía trabajo por hacer.

II

Le tomó varias horas llegar a destino.

Dentro de su recorrido, hizo una parada para alimentarse de unos pulgones y durmió una siesta en la oscuridad que le brindaba un barril vacío. Cuando los ruidos de Ipswich se acallaron y la temperatura del ambiente bajó, la araña entendió que se había hecho de noche y podía continuar su camino.

Atravesó el árido suelo de la calle y se detuvo delante de la casa más grande de Ipswich. Un graznido de cuervo disparó una señal de alerta y pegó un enorme salto que la depositó en el marco de una ventana. Ingresó al interior atravesando las grietas de la madera, como una sombra, como un ladrón. La casa estaba a oscuras y en silencio. Se mantuvo adherida a las paredes, ya que el suelo apestaba a ratas y no quería ser una presa.

Avanzó hasta la habitación principal y subió hasta el techo. Se posicionó por encima de la cama y miró hacia abajo. El magistrado estaba profundamente dormido. Roncaba con la boca abierta, totalmente relajado.

Un diminuto punto de seda platinada salió de su abdomen y se adhirió al techo de madera. Al solidificarse se convirtió en un hilo de telaraña lo suficientemente fuerte para sostenerla a ella y a sus hijos. Bajó hasta el pecho del magistrado y se detuvo unos instantes, calculando, evaluando si había alguna respuesta.

Nada. Perfecto.

Subió hasta la barbilla del hombre e ingresó por su boca húmeda y maloliente. Hubo un pequeño acceso de tos, pero cesó rápidamente. Continuó con su avance, porque el momento se acercaba. Lo sentía. Llegó al istmo de las fauces, que vibraba sonoro a raíz de los ronquidos.

Sería allí.

Se aferró con sus patas al piso de la lengua y sólo esperó unos segundos. La bolsa se rajó y cientos, miles de diminutas arañas violinistas salieron del saco. Al no poder avanzar, porque delante de ellas estaba el cuerpo de su madre, comenzaron a descender, hambrientas.

La araña se movió rápido para salir de su escondite. Saltó hacia la pared y enfiló directamente hacia la ventana, hacia el exterior. Una vez afuera, escuchó gritos y estertores provenientes del magistrado. Tosía y gritaba, casi tanto como la mujer. Como

Beatrice, se dijo.

Levantó sus ojos compuestos y miró al cielo nocturno, estrellado, hipnótico. El viento estaba en calma y la noche silenciosa, sin peligros a la vista. Eso era bueno. Todavía le quedaba el marido, pero eso iba a ser más fácil. Ignatius Van Hagen era alérgico a las arañas.

El señor Jones

Irene Gabriela Ramírez Muñoa

México

Era la navidad del ochenta y seis. Se había puesto de moda regalar mascotas para estas fechas, especialmente gatos y perros, siendo éstos los más adorables. Los hámsteres y otros roedores no gozaban de tanto encanto, ya que no se podía jugar con ellos. Todos los niños que conocía por aquel entonces habían recibido un perro de navidad. Un perro era genial, jugaba contigo, te protegía por las noches y te lamía la cara amorosamente en agradecimiento por ser tan bueno con él. Yo hubiera deseado también uno, pero en su lugar mi padre llegó esa noche con un gato. Era un gato ya entrado en años, algo crespo del pelaje y con una cara de pocos amigos. «Mira lo que te trajo Santa», dijo mi padre mientras yo abría la caja de regalo. El gato ni siquiera se molestó en salir de la caja, sólo se quedó ahí dentro, viéndome fijamente con sus ojos amarillentos. Claro que lo único que me quedó por hacer fue darle las gracias a mi padre y acostumbrarme a la presencia de este nuevo integrante de la familia. Le puse por nombre Señor Jones porque me gustaba la película de *Alien* y, ya que este era un gato tan soso y aburrido, me gustaba imaginar que se trataba de un gato famoso y heroico como el de aquella película. Después de todo no era tan malo. Por supuesto que no pasaba tiempo conmigo y mucho menos se dejaba acariciar, pero al menos no tiraba los vasos ni rasguñaba los sillones. Este gato era particular. Era un gato de angora, los pelos los tenía siempre erizados y mal peinados, los ojos eran algo bizcos y de un color amarillento casi enfermizo. Incluso diría que no tenía

una actitud gatuna, a veces hasta parecía tratarse de algún otro animal. No conocía mucho sobre gatos, pero estaba seguro de que no sacaban su lengua constantemente como si fueran camaleones al ver pasar a una mosca. Nunca logró atrapar a ninguna, pero se ponía como loco cada que veía insectos pequeños o voladores. Comía muchísimo y, aunque nunca parecía saciarse, tampoco engordaba. De hecho, algunas veces inclusive llegamos a verlo más debilucho y raquítico. Constantemente vomitaba bolas de pelo, que además contenían croquetas y otros objetos pequeños a medio engullir. Probablemente no digería bien porque tenía algún problema de salud. «¡Qué gato más enclenque me vino a tocar!», pensaba seguido. Mi madre alegaba que se trataba de lombrices.

Eventualmente su salud fue empeorando hasta que una noche, estando los dos en la sala, comenzó a arquearse para vomitar. Acostumbrado a las otras ocasiones, no le di importancia, pero esa vez fue diferente. Esa vez vi algo que se movía de entre todo ese revoltijo. De entre los pelos y croquetas mal procesadas emergió una especie de bicho asqueroso. Era un animal que nunca había visto, igual de peculiar y desconcertante que el mismo gato. Se trataba de un bicho negro con pelos que brillaban bajo la tenue luz del foco de la sala. Tenía unas patas largas como de tarántula, una mandíbula enorme como la de los escarabajos y unos ojitos bizcos diminutos sobre su cabeza, o al menos eso parecían. Con asco retrocedí y me dirigí hacia la cocina para buscar la escoba y matarlo, pero cuando regresé ya se encontraba arrastrándose rápidamente y con habilidad por la casa. Parecía querer encontrar una salida. Lo perseguí, sorprendiéndome de la rapidez de la criatura, y lo vi salir por el patio trasero. El patio estaba penumbroso porque habían reparado el foco y éste emitía mucha menos luz que el anterior. Traté de ajustar mis ojos a la oscuridad de la noche para encontrar a aquella cosa. No se escuchaban ruidos, solamente la televisión de la sala que se había quedado encendida. Caminé por el pasto con asco de pisar a la alimaña y entonces escuché un ruido que casi parecía un murmullo del lado izquierdo del jardín. Me acerqué y, conforme avanzaba, el sonido se intensificaba: era un zumbido sordo y molesto. Vi a algunos animales pequeños tirados por el piso a medio masticar: ardillas, ratones e incluso me pareció vislumbrar al perro del vecino tirado

por el otro extremo de la barda con las tripas de fuera. Con disgusto, observé a media luz a miles, de lo que creo, eran más de aquellas criaturas, como la que había emergido de entre la bola de pelos del gato. El zumbido era cada vez más agresivo, como si supieran que estaba ahí y no me quisieran cerca. Me quedé observando fijamente aquella masa irregular de monstruosas proporciones cuando escuché un débil ronroneo. Era el Señor Jones, que se frotaba entre mis piernas. No podía creerlo.

Aquella fue la primera vez que escuché maullar al Señor Jones desde su llegada a la casa en esa navidad del ochenta y seis.

Nigrum et sanguinem gallus

Ariel Alejo

México

—Todo está listo, su excelencia.

El hombre asintió, pensativo. Los dedos pulgar e índice, colocados entre el pómulo y la barbilla, dejaron profundos surcos que fueron desapareciendo de su rostro mientras abandonaba la Tacoma color negro.

—¿Es allá la casa, Esteban?

Un pasadizo estrecho se clavaba, como los dientes amarillentos de un lobo, entre los muros de las viviendas aglutinadas en esa zona de la periferia. Al final del túnel se dibujaban, brumosas, unas escaleras que descendían hacia la completa oscuridad. La llovizna caía, contenida, sobre la inamovilidad del pavimento.

—Sí, padre. La señora Juana lo espera allá abajo, en el último cuarto hasta el fondo. Enfrente —dijo, señalando la acera contraria — está el local donde vende pollo. Ahí ocurrió todo.

El hombre giró el cuerpo para ver el lugar que su sacristán le indicaba. Antes de tocar a la puerta de la mujer decidió inspeccionar el negocio, levantó la cabeza hacia una farola ambarina que arrojaba flemas de luz sobre ese rincón de la calle. Luego, depositó el maletín de cuero sobre la banqueta y cruzó resuelto hacia el otro extremo de la calzada; sus botines lustrosos se hundieron en el fango del concreto.

Una cortinilla metálica caía, sin clausurar por completo, la entrada al establecimiento. El vicario se acuclilló y asomó un rostro curtido por los años hacia el interior. Una llama oscilaba sobre un

plato de vidrio bañado de cera seca que magnificaba las sombras en las paredes. A la izquierda de la veladora, un charco hemático recorría el suelo de aplanado rozando las patas de una mesa de madera.

El sacerdote se inclinó un poco más, atisbando en la penumbra del local. Los ojos, acostumbrados a indagar en las tinieblas, le revelaron, además de la mesilla, una vitrina pequeña de cristales opacos y abajo, a un costado, la cubeta de plástico en donde se depositaban las entrañas animales.

El aire hedía a grasa y vísceras. El hombre comenzó a sentir arcadas e intuyó que su debilidad en el estómago nada tenía que ver con el aroma que emanaba de las piezas de pollo, dispuestas para la venta sobre la mesa de trabajo, como una réplica de los cadáveres tendidos en la morgue. Iba a ponerse de pie cuando la centella roja iluminó la nebulosidad de la noche y rebotó en la única esquina de la pollería que había permanecido a oscuras.

Una forma vaga cruzó anadeando por el suelo, chapoteó en el arroyo de sangre y se puso a resguardo detrás del vapor que se condensaba en el cubo de inmundicias. Apestaba a malevolencia. Monseñor Batalla experimentó el escalofrío de la premonición. Supo, a través de la plegaria que acudió a sus viejos labios, que una manifestación atávica y nauseabunda aguardaba paciente el desarrollo del ritual católico.

Las chispazos de la tormenta sostenían la iridiscencia de las formas en lo recóndito de la accesoria. Era como si el cielo hubiera otorgado al viejo un acceso preferencial a la representación de la locura. El firmamento volvió a rugir y un aguacero torrencial, que había estado postergándose en las masas acuosas del cielo, comenzó a lamer con fuerza los cuerpos de los dos únicos hombres que permanecían en la calle. La forma de unos pies pequeños quedó fijada en el campo visual del hombre con el siguiente relámpago. El padre sometió el decrépito cuerpo a una postura aún más incómoda y se recostó boca arriba, intentando cruzar el espacio entre la persiana y el piso para cerciorarse que quienquiera que estuviera ahí, inconsciente, siguiera con vida.

Detrás de la cubeta de intestinos y mollejas verdosas surgió un soplo vibrátil. Monseñor Batalla tuvo miedo pero siguió avanzando para trasponer la entrada; arrastró su espalda y torció el cuello

alargando la incomodidad. Los pies, que vislumbró momentos antes, rebelaron también unas piernas pálidas llenas de rasguños y tajos profundos que culminaban en el inocente cuerpo de un niño. El sacerdote jamás había contemplado una profanación de la carne tan cercana a los abismos. Un pequeño de aproximadamente seis años, de cuyo rostro inmaculado colgaban jirones abyectos de carne, sonreía configurando una mueca falsa. Los globos oculares se sostenían, casi extirpados, apenas de un delgado hilo de tejido putrefacto. La boca abierta era un agujero espantoso, un grito mudo que sin duda provenía desde el infierno. Batalla escuchó una voz.

—El cuerpo es nuestro, curita de cagada. La puta de su madre nos lo ha ofrecido. ¡Vete antes de que te fornique el culo con tu cruz!

—¡Jesús Sacrament…!

El aliento fétido de la criatura bañó el rostro del hombre cuando emitió una carcajada atonal, imposibilitando el camino de la oración. Monseñor Batalla intentó serpentear hacia el exterior, pero un espolón fibroso se le clavó en la mano izquierda atravesando carne y arterias. La luna exhibió un cráter de pus luminosa inundando de luz la totalidad de la pollería. Encima del sacerdote, un enorme gallo negro de pelea lo miraba con odio recalcitrante. La cresta le convulsionaba goteando coágulos hacia el pico homicida. Su piel laxa brillaba empapada por el flujo del plasma. El pecho comenzó a henchirse y el hombre tirado en el suelo recitó completo un padrenuestro antes de emitir un alarido espeluznante. Esteban, que esperaba en la banqueta opuesta, notó que los pies del vicario se sacudían en un vaivén vertiginoso.

—¡Padre! —gritó, corriendo hacia donde el cuerpo senil libraba su batalla. A pocos metros de alcanzar al cura percibió un cacareo diabólico entre animal y humano, una voz sin tiempo que fragmentó su mente hundiéndolo en el terror. Ya no avanzó. No escuchó el sonido angustioso del claxon ni al vehículo pesado que lo lanzó al vacío. Abajo, en la vivienda al final del estrecho pasadizo, el cuerpo de la señora Juana se contorsionaba y crujía en una cama que se mecía sin tocar el suelo. Las pupilas dilatadas en toda su circunferencia, el rostro inexpresivo esbozando una sonrisa artificial…

La Legión de Satanás digería su tributo en el intestino de un

gallo negro y sangrante.

Mutatio

Wen Edith

México

Tenía yo quince años cuando mi gusto por las historias antiguas cambió drásticamente. Mi abuelo, fallecido hacía cinco años atrás, había dejado en mi interior aquel mismo brillo que le brotaba a él cuando por alguna razón la plática terminaba haciendo alusión a un mito. Por aquel entonces yo estaba muy lejos de alcanzar sus conocimientos, pero podría decirse que tenía sembrados los cimientos necesarios. Recuerdo muy bien que, entre muchas de mis investigaciones, la que más me llamó la atención fue el significado y uso de la moneda griega. Las dracmas no solo se utilizaban como monedas de valor, sino también se requerían en una especie de intercambio como pago al momento de morir. Según los antiguos griegos, las personas que fallecían eran guiadas por Caronte y este mismo te conducía por el río Aqueronte hasta llegar al reino de los muertos a cambio de un pago. Por esta razón a los muertos se les acostumbraba colocar una moneda en cada ojo y una tercera debajo de la lengua. Con esto daban por hecho que Caronte no pondría objeción al momento de subirlos a su barca.

Yo era demasiado joven e iluso como para no creer en esas cosas, y por el contrario sentía una tremenda fascinación. Tan grande era mi sentir que decidí ponerlo a prueba.

La idea era simple: tres monedas, un cuerpo. No, no tenía la mente tan retorcida como para matar a alguien. Así que recurrí a lo único que creí era posible. Un animal. Necesitaba encontrar un cadáver no tan descompuesto y, por supuesto, que aún mantuviera

intacta la cara. Por desgracia ese mismo día, frente a mi vecindario, un automóvil se llevó de corbata a uno de los tantos perros de la calle. Digo por desgracia porque yo era un fiel amante de los caninos. Sin embargo, mi interés no se vio flaqueado por esta razón y continué con el plan principal. Lo envolví en una manta y lo encerré en el fondo de mi armario. Bastante asqueroso de mi parte, debo reconocerlo. Lo dejé ahí por horas, esperando a que llegara la noche. En realidad pude haberlo hecho en el momento preciso en el que lo encontré, pero corría el riesgo de ser descubierto por alguno de mis padres. Así que, llegada lo noche, salí al patio con él, las tres monedas y una linterna. Lo coloqué boca arriba y enderecé su cuerpo de tal forma que no pudiera caer de costado por su peso y de esta manera tirar las monedas que depositaría en sus párpados y lengua. Terminado lo anterior, corrí a mi habitación y observé desde mi ventana. Creía tan infantilmente que aquel barquero procedente del Hades vendría por el canino, como cuando cada 24 de diciembre los niños se quedan despiertos para ver a Santa Claus aparecer. Las horas transcurrieron y el personaje que yo tanto esperaba nunca apareció. Al día siguiente mi padre encontró al animal, pero no sospechó que tal hecho procedía de mi mente perturbada.

Diría que lo ocurrido no significó una desilusión tan grande, pues a los pocos días lo había olvidado. Hasta que un acontecimiento terminó con mi tranquilidad. Una noche, mientras dormía, alcancé a escuchar ladridos desde el jardín. Algo extraño sucedió dentro de mi mente y de pronto eso a lo que llamamos miedo se hizo presente. Fue hasta entonces que recordé lo que había hecho hace días. Me sentí cobarde y salté de la cama hasta la ventana. Era él, el mismo perro que había recogido. Su cara tenía incrustadas aquellas monedas que yo había colocado, pero en el fondo de ellas solo se podía observar un vacío. Sus ojos ya no estaban. Sentí un ligero golpeteo dentro de mi pecho. No pude dormir después de eso y empecé a buscar encarecidamente información más relevante sobre el mito de Caronte y las monedas griegas. Deduje que yo había cometido el peor de los errores. Había cambiado ingredientes dentro del proceso original y mi tan ansiado experimento se convirtió en algo que ya no era terrenal. Dicen que los perros son el mejor amigo del hombre, yo entonces había

traicionado a un amigo y de esta manera había abierto un portal que me conectaba ahora con el mundo de los muertos. Resultaba que al haber utilizado algo tan puro en un ritual que pertenencía solo a las almas corrompidas, había puesto un pago. Pero a Caronte, o a quien fuera que habitaba mi vida ahora, no le había parecido lo que yo había colocado. Noche tras noche escuchaba esos ladridos y por terror cerraba con llave cualquier acceso. No podía dormir, temía cosas que ahora me serían imposibles de explicar. Pero el sueño me venció y desperté en un lugar oscuro, solo podía sentir oscuridad. Reconocí el sonido de la voz de mi padre y pude sentir la ternura en el abrazo de mi madre. Quise gritar y decirles que no podía verlos, pero las palabras nunca salieron de mi boca.

Tengo ahora 40 años, mis textos son escritos a través de mi voz. Mis ojos grises nunca volvieron a ver la luz del día, ni tampoco vi nunca lo ojos de aquel perro que mi madre solía jurar tenían el mismo color que los que yo había perdido.

Engatuza

Edgar Omar Avilés

México

Porque los gatitos llenarán de pelo y orina todo el departamento y enfermarán a sus amados trillizos, frutos de tratamientos de fertilidad para darle un hijo a él y que nunca, nunca se fuera de su lado. Porque ya es suficiente con una gata Cariñosa que ronronee como cajita de música; porque no debería de ser una puta que se mete con cualquier gato sarnoso; porque necesita sacarse la depresión del parto y de que él la haya dejado por una mujer menos hermosa. Por eso, Haydee aparta con escobazos a la gata y se lleva la camada a la bañera. Metódicamente ahoga a cada gatito, disfrutando cómo tiemblan los peludos cuerpecillos entre sus manos hasta volverlos como trapos; hasta apagarles el último brillo de los ojos. Al terminar, sonríe satisfecha hasta que descubre aterrada que en realidad ha ahogado a los trillizos. Bracitos y piernas regordetes retorcidos porque intentaron librarse de las manos de mamá. Mientras llora y grita su terror, coge a la puta gata que a un lado suyo lame amorosamente a sus cachorros de mierda. Mientras la sumerge en la bañera ignora las zarpas que le dejan surcos sangrantes en los brazos y los colmillos que logran arrancarle pellejos de los dedos, hasta que convierte al felino en un amasijo de pelo y dolor, un contrahecho andrajo que mora inerte al fondo de la bañera.

Un par de días después, guiados por la pestilencia, los vecinos fuerzan la puerta del departamento. En la sala, aunque flaca, la gata Cariñosa ronronea como cajita de música mientras da de comer a

sus gatitos. En la bañera, Haydee y sus tres hijos yacen ahogados.

Horda

Lord Crawen

México

Un sol de verano hoy recrudece el estado en que, postrado sobre el suelo con sus extremidades cansadas, intenta avanzar hasta llegar a su guarida. Los años de buena música y bailes han pasado factura en él. Agudizados oídos escuchan el retumbar del suelo. Se acercan cada vez más. Ha conseguido levantarse por momentos; no más de unos minutos, la elasticidad vejada por el tiempo nuevamente lo retorna al suelo. Ávido y sagaz, sigue su incesante avance mientras los pasos detrás, cual ejército de naciones, se escucha en orden y pronto a llegar a donde él se encuentra. Cercana la rama de un árbol fuerte que podría darle el asilo necesario, mas la fuerza del sol agota sus energías. La sed es otro factor que empobrece poco a poco sus energías. Las ganas de vivir comienzan a abandonar sus movimientos.

Olvida de pronto el sonido de aquellos pasos y recuerda el deslizamiento de una vara sobre las cuerdas del violín. Un movimiento, sencillo y jovial, entramado por cuatro cuerdas; otro desliz y una nueva nota. Su mundo giraba alrededor de las notas que atravesaban su mente creativa, mientras caminaba por los pasillos del enorme pantano.

Un silencio incómodo llegó una tarde al final del invierno, cuando muchos de los pobladores del pantano salieron asustados de sus residencias. Y él, en una triste canción, también se alejó. Escuchó rumores sobre algo a lo que llamaban la horda.

«Una vez que te encuentran, jamás te dejarán ir».

Tremendos pasos al unísono lo devolvieron de golpe a su realidad, comenzó a estirar sus extremidades, arrastrando su pesado y cansado cuerpo; olvidó las notas del violín. Se extendió contra toda forma física natural para llegar hasta la rama.

Lo consiguió.

No podía creer que en la primavera de los días él se encontrara en el invierno de su vida. Un abrasador sol ya no regalaba a sus años la calidez que requería, era su enemigo constante cada segundo. Retomó su hacer, subió con rapidez su pesado cuerpo. Le pesaban las extremidades. Detrás, llegaba la hambrienta horda con sus pasos organizados y terribles. A su mente volvió la calma y el sonido del violín que figuraba aun en sus últimos momentos, confinándolo en su último y grato recuerdo de vida.

Su cuerpo no pudo más. Sus extremidades lo traicionaron y, junto a la fuerza gravitatoria, lo enviaron al frío suelo.

El golpe fue suficiente para dejarlo parcialmente inconsciente. El retumbar era constante. Nada podía hacer. Frotó por última vez sus cansadas extremidades para emitir el sonido del violín. Lo que salió fue un grito tras el ardor de una mordida. Y otra más. Y otra…

Una oscura masa negruzca emergió de todas partes. Era la horda.

Aquella masa de miles de pequeños ejemplares hambrientos probaba un poco su carne, mas le mantendrían parcialmente vivo para el futuro invierno. Pronto el dolor fue parte de su ya terminante vida.

Aunque su peor pesadilla estaba por comenzar, dejó que la horda lo llevara a los confines bajo la tierra, donde todo aquel grupo de oscuros seres creó una colonia de vida.

Hacinado. Olvidado. Concentrado en un viejo recoveco de miles de huevecillos prontos a nacer, el saltamontes frotó por última vez sus extremidades para calmar a las futuras larvas a las que él daría la proteína suficiente para mantenerlas fuertes.

Pero aquello no apagaba el constante sonido de la magra horda oscura que en orden seguía emitiendo pasos de muerte a su alrededor.

Maneki Neko

Diana Aurora Hernández García

México

Los paramédicos llevaban a mi hermano a la ambulancia cuando alcé la vista y vi al gato observándonos desde la ventana del segundo piso. Era de pelaje blanco y ojos azul claro como el hielo, y estaba gordísimo, el gato más gordo que había visto en mi vida.

Evaristo estaba, al contrario, demacrado. La piel se le caía de la cara y los hombros, como plástico derretido, por haber perdido casi treinta kilos en tres meses. Su pecho subía y bajaba débilmente. Aún cuando lo entubaron, seguía escuchando el ruido ahogado de sus pulmones esforzándose por respirar.

Evaristo siempre fue más grande que yo. Era bombero, alto, rollizo pero fornido, con mejillas llenas de sonrisas y carcajadas, siempre dispuesto a ayudar.

Afuera de la Sala de Urgencias, no muy lejos de la puerta por si llamaban su nombre, encendí un cigarro. Como por una compulsión nerviosa, abrí nuestro hilo de mensajes en WhatsApp.

¿Ya por fin le pusiste nombre al gato?

¡Aún no! Odió «Algodón» tanto como «Nieves» y «Coco». ¡A estas alturas le pondré «Bola»!

¿Ya come?

¡Vaya que sí come! Está muy gordo. Si se queda quieto te mando una foto que no esté borrosa.

¿Se sigue escapando?

Sí. Aún no se cómo le hace el maldito. Pero su plato de comida sigue lleno, y ya van varias veces que veo manchas de sangre por los pasillos,

así que algo debe estar cazando.

Selfis en la central de bomberos. Memes de gatos. Una receta para preparar macarrones con queso. Varias fotos borrosas del gato blanco. Una frase inspiradora.

Los mensajes diarios fueron menguando en las últimas semanas.

Encerré al gato en el baño.

¿Cómo estás? ¿Está todo bien? Mamá dice que no contestas sus llamadas.

Se volvió a escapar.

¿Evo, todo bien?

No puedo respirar. Necesito una ambulancia.

Dos horas más tarde, mi hermano falleció.

La familia y los amigos fueron llegando. Empezó un viacrucis de llamadas, pésames, llanto y burocracia. Tramité el acta de defunción y organicé un velorio en la casa funeraria.

Hasta la noche siguiente, cuando me llamaron de la casa funeraria para pedirme unos papeles, no me acordé de que tía Mónica, con su bolsa púrpura y su rímel corrido por las lágrimas, se había ofrecido a ir a la casa de Evaristo por esos papeles y para dejarle comida al gato.

Busqué entre los asistentes al velorio, pero no la vi. Tampoco contestaba los mensajes y llamadas. Me froté la mano por la sien y pedí un taxi para ir a la casa de Evaristo.

En el pasillo había dos tazones llenos de croquetas. Fruncí el ceño. El bolso púrpura de tía Mónica estaba colgado en el perchero. Escuché un golpe sordo en el segundo piso, como un gato gordo bajando de la ventana.

—¿Mónica? —llamé. No hubo respuesta.

Los pasos lentos del gato parecían seguirme mientras me asomaba a la cocina, donde aún quedaban platos sucios en el fregadero, un pedazo de pastel de fresas sin comer sobre la mesa. Facturas sin pagar quedaron bajo los imanes de frutas del refrigerador.

Había una mancha parduzca en medio del pasillo. Frente a la puerta del patio trasero había gotas rojas. Me incliné para examinarlas. Parecía sangre fresca.

Subí al segundo piso. No había nadie en el baño, ni en cuarto de mi hermano ni en el cuartucho que alguna vez fue el cuarto de

invitados y ahora era un almacén de muebles y cajas viejas. Regresé al cuarto de mi hermano. Sobre su escritorio, en un folder manila, estaban los documentos que me pedía la funeraria.

Frente a mí, pegado en un corcho sobre el escritorio, junto con viejas fotos de la facultad de Medicina y algunas fotos de su fiesta de cumpleaños hace dos veranos, había una selfi impresa de él y el gato el día que lo rescató.

La bajé del corcho para mirarla más de cerca. Los dedos me temblaban.

En la foto Evaristo tenía su peso normal, sus mejillas coloradas y su sonrisa amplia que le cerraba los ojos de gusto. El gato tenía la misma mirada fría de ojos azules, pero su pelaje estaba tan sucio que se veía gris y estaba en los huesos.

Me acordé de lo que me dijo ese día, cuando compartió esa foto en WhatsApp.

—Fuimos a atender un incendio en residencia. Murió una familia de cuatro personas. Muy feo. En el jardín de la casa encontramos una caja enterrada, cerrada con cadenas. El gato estaba ahí adentro. Qué manera más fea de querer matar un gato…

Escuché un correteo en el pasillo. Pegué un brinco y me giré. Nada se movía en la habitación de mi hermano. Con el folder en el pecho, salí a asomarme al pasillo. Nada.

Bajé las escaleras con cautela. Vi por el pasillo que al entrar había dejado la puerta principal entreabierta. Maldecí y estaba a punto de ir hacia allá cuando escuché un estrépito en el patio trasero. Tenía la garganta seca y el pecho oprimido cuando abrí la puerta, lentamente.

Tía Mónica estaba tirada en medio del patio, entre botes, cubetas y escobas que se habían caído. Tenía el cuello ensangrentado, las mejillas hundidas y los ojos abiertos en una expresión de terror.

La puerta del patio trasero se cerró de golpe. Me di la vuelta con una escoba en la mano, pero no había nadie. Abrí la puerta con mucho cuidado.

La puerta de la entrada estaba completamente abierta. En el umbral, el gato blanco me miró con ojos fríos antes de darme la espalda y, examinando la calle como un soberano su reino, se fundió lentamente con la oscuridad.

Cara de niño

Víctor A. Hernández Arteaga

México

Sucedió justo la segunda noche que pasé en aquella vieja casa —explicó el arquitecto Almendárez al iniciar la entrevista—. La compré porque era una verdadera ganga: enorme, espaciosa y en relativas buenas condiciones pese a sus muchos años encima. Con unos cuantos arreglos, pensé, la vendería por el triple de lo que me había costado.

La faena de limpieza resultó extraordinariamente agotadora, ni siquiera el enorme esfuerzo de los cinco albañiles que había contratado para remozar la propiedad resultó suficiente para hacerla más rápida y llevadera, así que cuando se terminó la jornada nos retiramos a descansar. Ellos se acomodaron en el amplio recibidor y pronto la casa quedó sumida en completo silencio; yo, por mi lado, dispuse mi catre en la recámara principal, porque era la que tenía baño completo y deseaba tener privacidad. Lo llevo siempre conmigo, ¿sabe? Mi catre —aclaró mirando por la única ventana de la pequeña habitación mientras se frotaba nerviosamente las manos sobre su pantalón de algodón azul cielo—. Lo hago cuando tengo proyectos tan alejados de casa.

Apenas puse la cabeza sobre la almohada me dejé llevar por un sueño intermitente que no resultó para nada reparador. Continuamente me despertaba con la sensación de que alguien me observaba en la oscuridad, pero no encontré nada las veces que encendí mi lámpara de mano.

Cuando por fin me sentía cerca de conciliar el sueño, en ese

estado de duermevela en el que uno no está ni dormido ni despierto en su totalidad… Sabe a qué me refiero, ¿verdad? —asentí con un leve movimiento de cabeza—. Bien. Pues escuché un ruidito cerca de mi oreja, como si algo, o alguien, rascara sobre la funda de la almohada. Tanto era mi deseo por quedarme dormido que lo dejé pasar, pero cuando una voz menuda, casi infantil, me habló al oído, mi respingo fue tal que caí al suelo con un sonido seco haciendo crujir la duela.

«¡Atiende, Arturo!», exclamó aquella voz tipluda que procedía de mi almohada.

Dirigí de inmediato el haz de luz hacia ella y, después de frotarme un par de veces los ojos para despejar mi visión borrosa, pude ver un insecto que reposaba tranquilamente sobre la almohada.

«¿Aca… acabas de hablar?», balbuceé sin casi despegar los labios.

«¡No debes estar aquí!», respondió molesto, obviando mi estúpida pregunta. «¡Es mi casa y ustedes no son bienvenidos en ella!»

Después de recuperar la compostura me puse en pie y me acerqué, no sin cautela, hasta donde se encontraba aquel extraño bicho. El insecto era parecido a una hormiga, pero mucho más grande y grueso. Lo reconocí por los libros de entomología de mi hermana; no recuerdo su nombre científico, aunque mi madre lo llamaba «Cara de niño». Yo nunca noté tal peculiaridad en ellos; sin embargo, este espécimen en particular sí que tenía cara de niño y estaba hablando conmigo.

Quizá no me crea, doctor —dijo al mirar mi cara, que mantenía inexpresiva—, pero le juro por lo más sagrado que ese bicho con cara de bebé me hablaba en perfecto español —con un movimiento de la mano le insté a continuar.

Sí, claro. Bien —dijo y retomó el hilo de su narración—. Lancé la luz de la linterna sobre el pequeño insecto, lo que no le gustó nada —Arturo Almendárez volvió a mirar la ventana con preocupación antes de proseguir.

«Quita esa luz de mi cara, cabeza de nabo, o te la arrancaré yo mismo», vociferó amenazante aquella aberración. Le obedecí. Era un bicho demasiado intimidante.

«¿A qué te refieres con que es tu casa?»

«A que vivo aquí desde hace mucho tiempo y aquí seguiré. Y por si te lo preguntas, detesto la compañía de los humanos. No compartiré mi casa con nadie».

«Pero yo he comprado esta propiedad», repuse con seguridad rebuscando los papeles en mi portafolio. «Y lo he hecho con toda legalidad. Estos papeles avalan mi palabra». Le mostré el legajo como si con ello finiquitara la discusión. «Mucho me temo que deberás conseguir una nueva vivienda».

«Y yo mucho me temo que te irás esta misma noche, por las buenas o por las malas», respondió con una voz siniestra y gutural.

«¿Ah, sí? ¿Y cómo es que un insignificante bicho como tú me obligará a hacerlo?»

«Porque este insignificante bicho tiene amigos».

No había terminado su frase cuando, de los rincones más oscuros de la habitación, surgieron toda clase de alimañas: enormes y peludas arañas, ratas del tamaño de gatos, murciélagos, alacranes, hormigas, rojísimas avispas y gusanos que reptaron veloces sobre la duela. ¡Todos con cara de niños! Mi grito fue tan espeluznante que los albañiles no tardaron en llegar armados con picos, palas y barretas. Al ver la escena se lanzaron sobre los bicharracos asestando golpes a diestra y siniestra; la carnicería se desató y una lluvia escarlata cubrió mi cuerpo resguardado en una esquina. Algunas sabandijas cayeron ante las improvisadas armas, pero las vísceras de mis trabajadores quedaron regadas sobre la duela, como si un maníaco carnicero los hubiese abierto en canal. Le prometo, doctor —dijo Almendárez con un quebrantado hilo de voz mientras me miraba directo a los ojos—. No, le juro que, pese a lo que encontró la policía en aquel lugar, ese maníaco no soy yo.

Salí del cuarto con los datos recabados para realizar la evaluación psiquiátrica correspondiente; el diagnóstico apuntaba, casi sin duda, a un episodio de esquizofrenia paranoide. Antes de salir, el presunto asesino, Arturo Almendárez, me rogó encarecidamente que se le confinara a un cuarto sin ventanas.

Mientras ajustaba mi espejo retrovisor, antes de encender mi auto, pude ver, parado en la ventana de aquel cuarto, un pajarraco de lustroso plumaje negro picoteando los barrotes. Por un momento me pareció ver que tenía rostro humano.

Polo

Luis Anastacio Delgado

México

A Polo lo encontraron en el monte cuando aún era un polluelo. Así como suelen ser los polluelos de loro: feos y sonrosados, con los párpados amoratados, como si les hubiesen molido a puñetazos. Quizás el aire había tirado el nido, quizás una rama seca donde se sostenía la cuna había caído debido al peso de las aves.

Uno de los hermanos de Polo tenía el cuello roto; otro, apenas se movía debajo del manto rojo de hormigas que comenzaban a devorarlo. A Polo le había ido mejor: se había quebrado una garra y algo le pasó a sus ojos, donde las hormigas se movían presurosas.

Omar se acercó a la palmera, mirando el suelo de donde provenían aquellos leves y agudos sonidos. Entonces vio una cosa que se movía como si tuviese frío y arrastraba su cabeza de un lado a otro en la tierra, una cosa cubierta con unas plumas blancas y finas que le recordaron a las vellosidades de esos gusanos en forma de gota, pero esta cosa que él veía piaba, como pidiendo clemencia. Como vio que era el único que podía salvarse, se acercó al polluelo y lo levantó del carnívoro suelo, quitándole cuantas hormigas pudo. Ahí vio que uno de los dedos del ave estaba torcido por encima de otro.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó su padre cuando le vio volver. Descansaba a la sombra de un árbol que crecía junto a la pequeña represa de aguas exiguas y oscuras; ahí siempre apestaba a lodo y estiércol de vaca.

—Me lo encontré allá, a los pies de una palma —contestó Omar,

mostrándole el ave—. ¿Crees que sobreviva?

—A ver —su padre estiró las manos y Omar le entregó al polluelo. El hombre le quitó unas cuantas hormigas—. Tiene una pata rota y las hormigas le han comido los ojos. Pero, si lo cuidamos, yo digo que sí vive. Le voy a arreglar la pata, no puedo arreglarlo más. Vámonos.

Se levantó de su lugar y siguieron el camino que se elevaba en la cuesta. Más allá, al otro lado, estaba su casa.

A Katia no le gustaba aquello. Ciego, tembloroso, flaco y oliendo a algo que a las hormigas les atraía. Parecía que Polo —hacía días de su bautizo por parte de Omar— estaba destinado a morir como sus hermanos. Quizá sus padres así lo quisieron por alguna razón. Quizá solo era que a Katia no le gustaba aquello. Conocía a los loros bien, pero eso estaba lejos de parecerlo.

Sin embargo, el tiempo demostró que Polo era, en efecto, un loro hecho y derecho. Omar le daba masa de maíz o tortillas despicadas y poco a poco fue reponiéndose, creciendo y aprendiendo. Pero cuando le crecieron plumas y brilló con el verdor del monte, a Katia le seguía desagradando. Lo peor vino cuando el loro empezó a remedarle la voz.

—Ya tenemos una segunda hija —decía la madre de los dos niños al escuchar los remedos de Polo—. ¿Es macho o hembra?

—¿Qué tiene? —respondió Omar—. Le hace igualito a la Katia. Le gusta tu voz, hermana.

Y es que, cuando Omar le enseñaba palabras o frases nuevas, el animal las repetía con el mismo tono de voz chillón que el de su hermana. No imitaba otras voces, parecía que incluso había optado por olvidar la suya.

Otra cosa que le causaba recelo a la niña era que, cuando pasaba junto a la jaula del ave, esta parecía seguirle con la mirada, como si detrás de esos párpados oscuros hubiese dos ojos que de veras la observaran. Entonces le escuchaba mascullar unas cosas, como si hablara para sí demasiado rápido. Quería sacar al ave de ahí y aventarla al monte, pero ni siquiera se atrevía a acercarse a la jaula. Había algo que le ponía los pelos de punta. Algo que, lamentablemente, no fue capaz de descubrir.

Por cuestiones de reparación, antes de ir a ordeñar, Omar movió la jaula de Polo hacia el pasillo donde estaba la mesa en la que

Katia lavaba los trastes. Esto le disgustó a ella, pero no podía remilgar a su madre porque ya sabía qué buena era con la fusta. Así que fregó a regañadientes, dándole la espalda a la prisión del rescatado. Casi terminaba cuando escuchó:

Hola, Katia. Hola, Katia. Hola, Katia Katia Katia. Mi nombre es Polo, Katia. Me llamo Polo —ella lo ignoró, pero notó que los vellos de la espalda y los brazos se le erizaban, como si una corriente del aire de la montaña le llegara en ese momento—. Katia, Katia. Voy a vivir mucho tiempo, Katia. Por tu nombre. Por tu nombre viviré los años que te van a faltar. Porque mi nombre es Polo —siguió, y todo lo dijo en voz baja—, mi nombre es Polo y el tuyo es Katia. Tu nombre es Katia. Y mía tu vida.

Al llegar a este punto, la niña había dejado de fregar. Ahora temblaba como si se encontrara en la cima de la montaña. Temblaba y su faz estaba pálida. Temblaba y sentía cómo sus brazos, cómo su cuerpo se vaciaba, como esas veces en que ayunaban tres días. Temblaba incontrolablemente y no podía dejar de escuchar las palabras del loro. Temblaba, pero de su boca no salieron sonidos. No podía hablar. Pronto se dio cuenta de que las palabras se le borraban de la mente, de que ya no sabía el nombre de su hermano, de que ya no sabía quién era «hermano»… De que ya no sabía quién era «Katia».

—Y mía tu vida —repitió Polo, y la pálida niña se desplomó hacia un lado. Entonces, alebrestándose, comenzó a gritar—. ¡Katia se cayó, María! ¡Katia se cayó, se cayó se cayó! ¡María, ayuda, María!

Al salir, la mamá de Katia soltó un grito y fue a ver a su hija. La encontró fría y con unos ojos anegados en horror.

El tiempo pasó, y cuando el loro volvió a hablar lo hizo remedando la voz de María.

Garras

Ana Jácome

México

La luna brillaba roja. Los volcanes se habían coordinado. Un temblor recorrió el espacio. Era su señal para partir a la Tierra. Al fin, después de siglos de espera, le tocaba poseer el cuerpo de un ser material y aprovechar todo lo que un planeta sobrepoblado ofrece a un demonio de rango medio. En pocos segundos se abriría el portal, estaba listo para lanzar toda su esencia infernal sobre algún desprevenido cuerpo, no podía haber error alguno.

Una golpe de luz lo tiró de espaldas, se levantó, se lanzó contra el vórtice de aquel resplandor y comenzó el descenso hacia el plano terrenal. Cayó y cayó, contradiciendo toda nuestra concepción del infierno. El golpe lo dejó inconsciente. Había encontrado un vehículo y lo había ocupado, incluso para un demonio con sus poderes era algo traumático. Abrió sus nuevos ojos, se estremeció. ¡Habitaba un cuerpo vivo! ¡Estaba listo para devorar almas!

Hybryas, el demonio, comenzó a reconocer el organismo en el que se encontraba: garras, colmillos, espinas. El demonio sintió cómo todo el poder del inframundo lo había acompañado hasta ese cuerpo lleno de… ¿escamas?

Esa mañana Jorge, la Iguana, despertó más sediento de lo normal. El sol aparecía en el horizonte, el día iniciaba con el ruidero de los pájaros y la actividad de un hotel cercano. Comenzó a bajar del árbol; las garras torpes, la cola rígida, como si no tuviera control de sus extremidades. Se detuvo y movió sus ojos de reptil.

«¿Una iguana? ¡UNA IGUANA!», exclamó el ser infernal mientras se

volvía consciente del rítmico caminar de su casi prehistórico vehículo. Jorge llegó a un cuerpo de agua y se sumergió. El demonio sintió un vuelco en el estómago, extrañando los fuegos infernales. «¿Cómo pudo pasar esto?», se lamentaba, mientras la iguana disfrutaba del chapuzón. Jorge quería pasar el día en una piedra, bajo el rayo del sol, pero el demonio tenía otros planes y lo obligó a quedarse alrededor del agua; el lugar empezaba a llenarse de humanos. Hybryas se sentía irritado por las risas y por el aspecto pálido de sus carnes, pero no se iba a dejar vencer. Había tenido la mala suerte de ocupar un cuerpo poco conveniente, mas eso no detendría a un ser de los infiernos. Mataría y lo haría ya.

Jorge dejó de controlar sus patas, que lo llevaron directo a los camastros llenos de turistas. El demonio invocó toda su rabia para hacer que la iguana corriera con una velocidad sobrenatural. El objetivo era una mujer que caminaba a la orilla de la alberca. La iguana poseída se lanzó contra ella, furiosa. La mujer gritó, se sacudió y de un golpe lanzó a la pobre criatura al centro de la alberca. «Válgame, Virgen Santísima, con esa iguana endemoniada», exclamó.

Jorge recuperó el control. Salió del agua y siguió con su día de iguana. Buscó a su familia y comió los restos de frutas que les dejaban los empleados del hotel. Al caer la noche, Hybryas despertó. Había perdido un día entero dentro de esa iguana. No podía regresar al infierno sin un alma como boleto de entrada y no podía cambiar de cuerpo hasta no conseguirla. Por las leyes infernales, estaba atado al reptil. Desesperó. Aulló. Quiso destruir la playa misma, pero Jorge no se movió. Era una iguana, caía la noche y tenía que dormir. Hybryas empezaba a aburrirse de la discusión. Era complicado manipular el cerebro del saurópsido, había algo ancestral en él que se negaba a salir de su estado animal. Entonces los vio: una pareja que caminaba por la playa. Eran perfectos. Invocando la voluntad de las tinieblas, hizo que la iguana moviera sus patas cortas. Corrieron por la arena oscura, siguiendo el rastro de los humanos. No había luna. La playa sólo iluminada por la luz de los hoteles. El escenario era perfecto: los asesinaría a los dos y tendría dos boletos de vuelta. Estaban a unos metros. La boca de la iguana se abrió enorme y sus colmillos se cerraron brutales sobre lo que parecía un brazo. Hubo risas. «No inventes, ¿qué le pasa a esta

iguana del demonio? ¡Está mordiendo el telescopio!». El hombre pateó a Jorge y recuperó el tubo negro que llevaban para mirar las estrellas. Se alejaron comentando que era lo más extraño de las vacaciones. La iguana atontada huyó de la playa, buscando las copas de los árboles.

Amaneció. Jorge se sentía apaledado. Algo andaba mal. Bajó lentamente del árbol y buscó a los de su especie, que desayunaban restos de papaya y mangos. Hybryas también despertó. ¿Cómo podía sucederle esto? Él, gran demonio de rango medio, hijo del averno, señor de todos los miedos. El cuerpo escamoso buscó el sol. Hybryas no podía soportarlo. ¿Acaso debía pasar la eternidad en una iguana gorda? ¡No! Ese no era su destino. ¡Su destino era subir de rango! ¡Devorar almas! ¡Su nombre sería sinónimo de terror! Jorge comenzó a subir por el tronco de una de las palmeras que rodeaban la alberca; arriba, el sol le daría la felicidad que le había estado faltando. El viento era agradable y se podía ver la línea del horizonte, Jorge dormitaba. Hybryas, desesperado, ya ni siquiera pensaba en haber poseído a un humano. ¿Un oso? ¿Una serpiente? ¿Un gato negro? ¿Un san Bernardo? La iguana era completamente inútil. Humillado, inclinó la cabeza y lo que vio lo sacudió. Justo debajo de la palmera había un camastro y en él, un humano regordete tomaba el sol. Hybryas lanzó una carcajada que despertó a la iguana. El demonio invocó toda su maldad, la palmera tembló y Jorge traicionó su herencia reptil cuando sus garras soltaron el tronco. Diez kilos de iguana cayeron sobre la cabeza de Manuel, un citadino que se había permitido una «escapadita» a Acapulco. Las garras le atravesaron los ojos, murió al instante.

El gato y un hombre

Germán Dubini

Argentina

Lo estaba siguiendo desde hacía más tiempo del que él se atrevería a pensar, porque Augusto Rosales es de esas personas que caminan como si no vieran a nadie, como si la calle estuviera desierta y él dentro de sí, con su aspecto pensativo, siempre en lo suyo y recorriendo las mismas calles. Nunca salía de su circuito.

En una mañana de mayo velada por la neblina ocurrió el encuentro, un hecho que le resultaba tan irreal que aún hoy recordará como una anécdota increíble. El encuentro fue el comienzo de una historia.

Esa mañana, al salir de la casa hacia el jardín, Augusto Rosales lo vio. Es decir, oyó un movimiento entre las plantas, levantó la vista hacia una mancha oscura en movimiento que huyó ante su presencia. Lo descubrió sobre la medianera, era un gato negro con una actitud de indiferencia.

Al día siguiente, cuando salió de su casa para ir a hacer unas compras por la mañana, lo vio y cuando volvía ya de noche, de su caminata diaria, el gato negro lo siguió por unas cuadras, con su andar lento, casi etéreo. Como Rosales siempre iba solo, el gato lo rondaba y llegó a meterse en su jardín. Se había convertido en su sombra. Una sombra de movimientos elásticos, de andar silencioso.

Alentado por esa demostración de interés, Augusto lo invitó a entrar a su casa. Con sólo dejar la puerta abierta, lo dejó hacer. Pensó que como jubilado le vendría bien una mascota.

Así sucedió que el gato negro fue imponiendo las reglas de

convivencia entre Augusto Rosales y él, que a partir de ese día se llamó Freud, pelaje negro absoluto y ojos amarillos muy intensos. En ese momento, ante la viva presencia, Augusto se sintió acompañado. Olfato, mirada y andar gatuno. Recorrió minuciosamente todos los lugares de la casa, adueñándose de ellos.

Don Freud cumplía ciertas rutinas de comidas, largos sueños y ensueños, salidas nocturnas. Augusto fue adaptando sus costumbres para no contrariarlo. En pocos días don Rosales advirtió que el felino nunca respondería a sus órdenes aunque por el tono de la voz las entendiera. Conoció uñas, garras y dientes de su mascota y hasta aprendió a distinguir los distintos maullidos y a qué demanda correspondían.

Llegó un momento en que el hombre de costumbres solitarias empezó a sentirse invadido, sus horas de lectura y de sueño nunca más fueron como habían sido. Las interrupciones eran variadas y el protagonista se imponía; entrar o salir de la casa, usar cualquier lugar para dormir, hasta los más insólitos o molestos para él, que había sido el dueño de la casa hasta la llegada de Freud. Tirar libros de los estantes o de la mesa o del escritorio al piso fue algo común y las roturas, porque aunque fuera muy sutil al andar y todos sus movimientos en general, sus patas empujaban algún objeto elegido y, hasta no verlo caer, esas patas seguían empujándolo. Para Rosales alguna de esas pérdidas fue causa de enojo, a veces de pena, ya que se rompían objetos que eran muy queridos por él.

Por las noches su sueño se vio modificado hasta tal punto que Augusto temía irse a dormir. Era un sueño en etapas, esto cuando podía volver a conciliarlo. Empezó a sufrir insomnios. Era común en medio de la noche despertarse aterrorizado por ruidos en el techo, alaridos que se esparcían por toda la casa. Pesadillas continuas, tremendos sueños con gatos que lo perseguían y atacaban. Por las noches se despertaba y en la oscuridad solía ver ojos como los de Freud en el cielorraso y en las paredes con miradas amenazantes. Oía voces lejanas que lo llamaban, su vida se había convertido en una tortura.

Cortinas rasgadas porque el gato se colgaba de ellas, convirtiéndolas en hilachas. Rosales dudaba si verdaderamente era Freud o se trataba de otra clase de criatura destructiva que él no conocía.

Fue preocupante una mañana despertar y ver en su antebrazo varios rasguños sangrantes, otro día en la cara y en la espalda. Lo extrañaba porque ocurrieron sin que él se despertara. Cada nuevo comportamiento lo hacía desconfiar más de su mascota.

Un día el gato se escapó por la ventana y tardó dos días en volver. Augusto, creyendo lo peor, se lamentaba por la pérdida. Apareció sucio y algo lastimado. Rosales intentó curarlo pero no le permitió tocarlo y se escabulló emitiendo un sonido desconocido, como una voz extraña.

Augusto fue al altillo y buscó sogas. Vio una pajarera antigua, pero la desechó porque calculó que era chica. En un estante encontró un arma que había sido de su padre, pero por más que rebuscó no encontró proyectiles. Encontró una trampa que usaban en el campo para cazar comadrejas. Mucho más no había como para urdir un plan y llevarlo a cabo. En la caja de herramientas encontró una maza y un martillo, pensó que eran contundentes. A la mañana, al levantarse, tomaría valor y llevaría a cabo las acciones necesarias. Hacía varias noches que casi no dormía, su vida se había modificado para siempre. Desde la cama comenzó a oír, primero, una risa chillona, después, susurros en sus oídos. En la plena oscuridad creyó oír como si algo se moviera arrastrándose en su habitación. Ya estaba por amanecer y pudo dormirse un rato.

Fue directo al altillo, bajó al comedor algunas de las cosas apartadas la noche anterior. Pensó cuál de los métodos sería más efectivo y, como dudaba, se fue a vestir. Volvió y justo lo ve a Freud durmiendo sobre un almohadón. Cambió de plan.

Subió a su habitación, tomó un abrigo, documentos y dinero. Cerró todas las ventanas. Tomó el llavero, abrió la puerta de calle, salió, cerró con las dos llaves.

Mientras caminaba por la calle, para no volver, pensaba que él, Augusto Rosales, antes no creía en las brujas.

De la tierra y a la tierra

Andrea Hernández

México

Cuando volví a casa, esperaba un recibimiento diferente.

Quizá no ladeé la cola tanto como suelo hacer. Tal vez mi pelaje no estaba tan limpio como debía, y por eso la señora se puso a gritar y a corretear por todos lados con el cuchillo en la mano. Siempre fue una mujer muy extraña. Creía que me odiaba, hasta el día en el que me alimentó con carne cruda y me acarició la cabeza. Entonces pensé que me había perdonado por morderla cuando era un cachorro. Pero en cuanto me vio atravesar el umbral de la puerta, con mi cabeza colgando de un hilo de carne roja, comenzó a insultarme y a repetirse seriamente que eso no podía ser verdad.

Pensaba que era extraño que ahora mi cuello no pudiera erguirse como siempre hacía, pues para verla a la cara ahora debía hacer un gran esfuerzo, impulsándome sobre mis patas traseras y elevando mi cabeza en el aire. Quería decirle que había algo raro conmigo.

Después de la siesta de esa tarde, mi estómago había comenzado a sentirse hinchado y lleno de gases. Vomité la carne cruda que la mamá de César, mi dueño, preparó tan amablemente para mí. Me sentía avergonzado de mostrar esa mancha de vómito en mi pecho, pues, aunque me restregara en la tierra para borrarlo, sólo conseguí hacerla más grande. Quizás eso fue lo que la enojó tanto. Ella adoraba su suelo blanco y yo, con mis patas llenas de tierra, lo había manchado todo.

Intenté acercarme y explicarle que no sabía por qué estaba tan

sucio. Después de vomitar, me sentí mareado, así que me dormí a un lado del árbol que está en el patio de la casa. Cuando desperté, estaba oscuro. No recordaba haber cavado ningún agujero, así que pensé que había caminado dormido y me había caído. Pensé que la torcedura de mi cuello tenía que ver con la forma en la que había dormido. Lo expliqué, pero, como siempre, ella no me entendió.

Mientras le ladraba mi increíble anécdota, la mamá de César tomó un cuchillo, esa cosa con la que me cortó la carne, y corrió hacia mí. Eso corta, recordé. Ella le dijo a mi niño una vez que no jugara con cuchillos o tijeras, y mucho menos que corriera con ellos, porque cortaban y podía herirse, y si se hería, lloraría, y a mí no me gustaba ver al niño llorar.

Cuando la señora se me acercó con eso en la mano, me impulsé y mi cabeza dio un brinco, estirándose más el hilo de carne que la unía al resto de mi cuerpo. Tomé el cuchillo con mis dientes y se lo arranqué de las manos.

La mamá de César cayó de nalgas y se golpeó contra la pared. Solté el cuchillo e intenté advertirle que eso era peligroso. En cuanto me acerqué, ella comenzó a arrastrarse por el suelo y un pequeñísimo camino de sangre se marcó debajo de su mano. Genial. Se había cortado. Le advertí y no me hizo caso. Nunca lo hacía. Siempre hacía lo que quería. Me preocupaba por ella aún cuando me trataba mal, aún a pesar de que tiró mi camita y quemó mi juguete favorito. La cuidaba a pesar de que golpeaba a César cuando lloraba y me pateaba el lomo cuando me tenía cerca. Le quité esa cosa peligrosa aún a pesar de que me llamara perro estúpido y me separara la cabeza del cuerpo.

Mi madre nunca había sido tan mala. No como ella. Me mordía cuando me regañaba, pero nunca me golpeó ni me ignoró. Nunca huyó, ni siquiera cuando la señora nos dejó sin comer durante las semanas en las que César estaba de campamento.

Le mostré los colmillos y me encorvé lo mejor que pude. Debía de verme ridículo con la cabeza colgándome en el suelo. Quería que viera bien mi rostro. Entonces me arrojé sobre ella y le mordí el cuello para que ahora sí tuviera motivos para odiarme. Si lo que le molestaba tanto era que metiera tierra en su casa, no debió enterrarme en ella en primer lugar.

El acompañante

Miriam Casado

Argentina

Esta historia se remonta a una noche de verano con una brisa tibia que balanceaba los añejos árboles de un pueblo llamado FIRTH, mientras sonaba el titileo de un viejo llamador de ángel colgado en la entrada del bar más antiguo del lugar. Su dueño era el señor Prank, un hombre ermitaño y muy amable con su gente. Al bar siempre acudían los mismos personajes: los mellizos Bryant, la señora Hit, el joven Ross y quien les habla, Miriam. Pero el verdadero protagonista de esta historia no era ninguno de nosotros, solo fuimos testigos de lo que pasó la noche del 15 de enero de 1986.

Esa noche estábamos todos, ya que hacía mucho calor y coincidimos en tomar una cerveza helada para bajar la temperatura. El clima era especial. Estábamos contentos charlando de nuestras vidas de cuando éramos niños cuando el señor Prank nos interrumpió, alertándonos de lo que había afuera del bar. Se trataba de una visita: un hombre con un sacón, con una caminata un tanto lenta como con cansancio, como si hubiese caminado muchas rutas. Pero lo que más llamaba la atención era el cuervo que posaba sobre su hombro: de un tamaño un tanto más grande que lo normal, de un pelaje negro aterciopelado, de una mirada penetrante e intimidante.

—Antes de marcharme, les tengo que contar algo —dijo Prank.

Todos estábamos atentos al relato, pero notamos que el señor Prank se quedó callado por un momento, como si los recuerdos lo atormentaran. Al ser yo la que estaba más cerca, toqué su hombro

con sutileza, tratando de volverlo a la realidad y nos dijera lo que había pasado. Mojando sus labios con un whisky, el señor Prank nos contó su experiencia. El visitante gritó su nombre con gran entusiasmo. Él sabía quién era este particular ser; lo sabía muy bien porque todos sus antepasados habían sufrido esta misma visita décadas atrás. De esta manera, Prank nos contó que su tatarabuelo, allá por el año 1750, tenía una tienda de telas: un negocio muy escaso donde no se ganaba lo suficiente. La avaricia del hombre lo llevó a la desesperación de recurrir a una bruja del lugar. Al llegar a la cita, la bruja le dijo que no podía ayudarlo. Sin embargo, tenía una forma de arreglar sus problemas, aunque con un costo arriesgado. El hombre, desesperado, no lo dudó ni un segundo y accedió a la propuesta. Fue así que regresó a su casa, esperando un milagro y dispuesto a hacer cualquier cosa por obtener lo que quería. Esa misma noche, siendo casi las doce, una lluvia fuerte empezó a golpear la ventana del viejo Prank, despertándolo. Con los ojos cansados y apenas abriéndolos, pudo visibilizar una sombra en su sillón. El miedo se apoderó de él al ver que llevaba un cuervo en su hombro. Con la voz temblorosa, le preguntó tímidamente qué hacía en su casa. A lo que él respondió:

—Tú pediste mi ayuda. Tu desesperación me atrajo a ti. ¿Quieres que tu negocio prospere?

—¡¡Si!! ¡Con toda mi alma! —gritó.

—Bueno, yo puedo hacer eso por ti: puedo lograr que tengas todo lo que desees, pero a cambio tú y todas tus generaciones estarán atados a mi para siempre. Como verás, este cuerpo ya no me sirve, cada vez me cuesta más trasladarme a diferentes lugares y mi particularidad es vivir muchas vidas. Así que necesito que cuando yo te lo pida, tú vendrás conmigo y me seguirás como mi comunicador y acompañante. Tienes que firmar con tu alma nuestro acuerdo y así comprometer a todo el que lleve tu sangre. Prank, al escuchar estas palabras, se quedó atónito al darse cuenta que el que hablaba desde la oscuridad era el cuervo. Con miedo le pregunto qué clase de ser era. Y con voz penumbrosa le contó que, hacía muchos antepasados, él había sido un demonio muy poderoso, un cumplidor de deseos que vagaba buscando almas desesperadas y así poder seguir subsistiendo a través de los años. Con el pasar del tiempo se convirtió en un cuervo, pero ya no podía comunicarse

como antes y seguir con su propósito entonces encontró la forma de cobrar sus deseos. La única condición era que el que pedía el deseo viviría su vida mejorada, pero cuando ya no tuviera cosas pendientes emprendería su camino, siendo la voz y transportador del cuervo, sirviéndolo hasta el fin de sus días. Mientras el señor Prank terminaba de contarnos su tragedia familiar, notamos que una lágrima caía por su mejilla. Casi susurrando nos dijo:

—¡Ese hombre oscuro, desgarbado y débil que se arrastra con el cuervo es mi padre!

—¿No hay nada que hacer para poder salvarlo, señor Prank? —preguntó Hit.

—No, señora. Este es mi destino sombrío, el castigo que tenemos que pagar por los deseos turbios de mi tatarabuelo. Me duele no poder disfrutar de mis nietos, de no verlos crecer, pero esto es lo que me toca.

De a poco se fue parando y caminando hacia su perdición. Se fue acercando al que antes había sido su padre a tomar su lugar con la resignación a cuestas. Abrazó a su progenitor, que en pocos segundos se convirtió en cenizas. Pronto, el señor Prank se paró firme y fuerte, dejando posar al demonio sobre sus hombros. En ese instante una sombra profunda lo envolvió, fundiéndose con el cuervo. Casi instantáneamente en el fondo de esa oscuridad se divisaron los ojos de su verdugo, llenos de picardía y un poco de disfrute. Había conseguido a su acompañante, el que iba a servirle durante su travesía por largo tiempo. Pronto se dirigieron al sendero con destino incierto, quedándonos todos los del pueblo desconcertados por lo que había sucedido. Sin duda, esta experiencia había marcado nuestras vidas eternamente, aprendiendo que las malas decisiones pueden cambiar el rumbo de nuestras vidas para siempre.

Dios salvaje

Juan Sebastián Jarrín

Ecuador

El sol cruzaba sobre la plaza lentamente, castigando con su brillo la superficie de los adoquines y las piedras de la pileta central. El viento frío mordía con fuerza y la mirada de los habitantes de la plaza reposaba extenuada bajo las chutas. [1] Tras el jornal en la Hacienda de Don Patricio, enrumbé el camino a mi chacra. [2] Carnavalito, mi perro viejo y escuálido, ladraba pesadamente mientras se incorporaba sacudiéndose el polvo y cojeando en dirección mía.

¿Habrá mañana trabajo? Don Patricio nunca promete nada.

Antes del alba bajé a la huerta de mi compadre Ignacio, escuché que necesitaban manos para abrir camino allá arriba, en el páramo de El Ángel. [3] No iban a bajar hasta el viernes, tocaba dormir por allá, aguantando frío. Dejé mi chacra y a mi Carnavalito solos.

Desde la huerta salió el carro con otros jornaleros, todos cargando cobija, azada y ropa de trabajo. Nadie hablaba, todos estaban ansiosos por confirmar que sí habría trabajo a día seguido, que no dejábamos todo por nada.

Apenas llegamos nos pusieron manos a la obra, la jornada fue dura, el frío no amainaba y la tierra ruda se contraía impidiéndonos el paso. Terminamos el día rendidos y nos llevaron a una casa derruida donde nos juntamos para armar el campamento. Hablamos poco, la fatiga hizo su efecto y abrazamos el sueño.

Nos rompimos el lomo los cinco días. Al quinto terminamos ya

entrada la tarde, había que volver al refugio, esperar el carro para embarcar y volver al pueblo. Mientras esperábamos, algunos pupos [4] conversaban bajito, otros dormían y comían. Yo me aburrí y decidí dar una vuelta por el lugar.

Subí la pendiente con dificultad y, queriendo demostrarme diestro, hundí con decisión las botas y fui dando zancadas sin rumbo. De pronto tropecé y caí de bruces contra el suelo húmedo. Me reincorporé mientras sacudía mi poncho y me hallé extrañamente sólo, acorralado por una legión de frailejones [5] dispuestos en todas direcciones y alturas, solemnes e impenetrables, mirando a través de mí.

El frío y la niebla empezaron a anunciarse. Confundido, di media vuelta para regresar y aceleré el andar. No reconocía nada alrededor y la bruma junto a la luz letárgica y el pajonal regaban onirismo sobre mi visión.

El inicio del miedo llegó con una ráfaga helada de aire. A la distancia distinguí un brillo marrón. Lleno de curiosidad me acerqué y el sonido de mis botas sobre la barbacha [6] agitó las hojas de un frailejón y un quilico [7] fugó velozmente.

Se detuvo sobre una rama y me miró, sus ojos negros me atrajeron de una manera sobrenatural. Sentí su mirada como un profundo abismo en el que me despeñaba sin esperanza, hasta que de pronto una voz distorsionada y desencajada transformó el efecto inicial en terror puro. Con estupefacción infinita, vi la gesticulación de su pico pronunciando palabras inteligibles en medio de un sonido cavernoso y milenariamente distante.

Consciencia inútil y podrida… redimirte por medio del don.

El horror que presenciaba me paralizó completamente. Me sentí al borde del colapso nervioso, empecé a temblar y agitarme violentamente. De mi boca empezó a brotar saliva a borbotones, un agudo dolor perforaba mi cabeza, perdí el control de mis esfínteres, cayó mi chuta al pajonal y yo me desvanecí encima con las primeras gotas de lluvia.

Desperté temblando en medio de la noche y el páramo, mi poncho estaba empapado. Me levanté con dificultad y el resplandor mortecino que percibía a lo lejos agudizó mi malestar. Empecé a recobrar la claridad de mi vista y fui descubriendo una escena aún

más terrible que la que creí haber soñado. Cerca de una laguna y en torno a una hoguera en el centro de una planicie se congregaban varios ritualistas, seres que no podía reconocer. Por un momento pensé que se trataba de los otros peones reunidos tras haberme rescatado del páramo… ¡Qué lejos de la verdad! Finalmente lo ambiguo cedió al espectáculo de seres agrupados alrededor de la salvaje hoguera: animales.

Sin poder mover un músculo, reconocí venados de cola blanca, jilgueros y picaflores negros, un imponente oso andino, un curiquingue, una guanta, el lobo del páramo, un conejo, chucuris, cuscungos, un temible puma, un cóndor y, frente a mí, el maldito quilico con sus ojos voraces.

¡Levántate, hijo del polvo, y reverénciate ante la ira del fuego!

Su voz me doblegó y, sin dominio pleno de mis extremidades, humillado, me arrastré entre la vegetación atraído hacia el centro de la fiesta negra, de esa misa andina y pagana.

Mientras era absorbido alcé la vista y me encontré con la mirada infernal y violenta de los demás animales, todas ellas como dagas cayendo sobre mí.

Podredumbre, has sido elegido. Renunciarás a las ruinas y despojos de tu humanidad para alcanzar el lucero del alba.

No podía detener mi andar reptante, una sensación de euforia desmedida empezó a calcinar mi pecho y la visión de aquel aquelarre empezó a volverse vertiginosa y desenfrenada. El oso andino, espectral como un demonio, me arrojó con una de sus zarpas un conejo destajado y agónico.

Un sacrificio por el que estás en deuda. ¡Ahora devora!

La repulsión instantánea me hizo vomitar, pero aun así no bastó para contener mi posterior e inexplicable atracción, mi hambre instintiva. Hundí mis dientes en la carne cruda y sucia y algo despertó en mí. Me desnudé en medio de mis gritos, de mis alaridos. Fui perdiendo mis recuerdos y mi cuerpo, en medio de una tortura física que iba triturando mi figura humana en pos del nacimiento de una masa peluda y carnosa, provista de garras, de un hocico salivante y unos colmillos bestiales.

Rugí en medio del horror y el dolor, y la luna enrojecida se desangró sobre mí hasta palidecer.

Feroz

Aglaia Berlutti

Venezuela

La iluminación leve del bar hizo que Alicia se sintiera aún más desorientada del efecto que podrían provocarle apenas dos cervezas. Porque solo había bebido dos, ¿no es así? Miró a la mesa. Un bosque de cristal verde y azul se extendía a través de la madera. La música cada vez más ensordecedora hacía vibrar el mueble o, en todo caso, Alicia sintió que el sonido le recorría como un escalofrío. Uno caliente, empapado de sudor por la temperatura desagradable. Se secó el labio superior con una servilleta y sacudió la cabeza.

—Me voy —anunció.

Todos los rostros de la mesa se volvieron a mirarla. Natalia puso los ojos en blanco y Alejandro soltó una carcajada por lo bajo. Una humillante, pensó Alicia enfurecida. En cambio, Ana y Javier se limitaron a mirarse el uno al otro. Incluso en medio de la oscuridad y el humo de la máquina de hielo seco al otro lado de la habitación, Alicia notó el alivio en la expresión de ambos. Pero algo en la risa de Alejandro la hizo enfurecer de una forma casi infantil.

—¿Qué? ¿Me debería quedar hasta que te caigas de borracho? —le gritó.

—¿Qué te pasa? Vete si quieres, ya sabíamos que no te quedarías más de una hora —le respondió Alejandro, también a los gritos.

—Ahora eres brujo.

—Te conozco, chica.

Alicia deseó que el retumbar de la música desapareciera, que la

sensación de vértigo que le provocaba la cerveza fuera mucho menos evidente. Deseó no haber ido en primer lugar. ¿Pero hasta cuándo se mantendría aislada? El pensamiento le hizo morderse el labio para evitar estallar a gritos o solo llorar. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Cuántos meses? No lo sabía. Pero por supuesto, no el suficiente como para que ella estuviera ahí, sentada junto al resto; como para saltar por encima del miedo y el dolor y retomar… ¿Qué? ¿Una vida normal? ¿No era eso lo que había dicho su psiquiatra? Normal.

—Ya está bueno, Ale —dijo Ana en voz dura. Alicia escuchó el disgusto en su voz. O quizá solo se lo imaginó, en medio de *tumtum* del bajo de fondo.

—¿Bueno de qué? —la risa del hombre borracho era un borboteo socarrón.

—Bueno de joderla. Ya no estamos en edad para esto.

—¡No me vengas con esas mierdas! —se quejó Alejandro y esta vez su voz fue un alarido de puro júbilo grotesco—. ¿Qué tiene de malo pasarla bien?

—Vamos —dijo Javier y se puso de pie—, yo me voy a cualquier parte donde no tenga que berrear en vez de hablar.

Ana asintió y se apresuró a sacar unos cuantos billetes del bolsillo y dejarlos sobre la mesa. Antes que nadie pudiera decir nada, Javier se abrió paso entre la multitud que se arremolinaba a su alrededor y le siguió. Natalia arrojó unos cuantos más y se apresuró a seguir a la pareja. Alicia se puso en pie y rebuscó en su cartera. Alejandro soltó otra de sus carcajadas estruendosas y desagradables.

—Déjalo, mujer. Yo lo pago.

—No hace falta —murmuró ella enfurecida. Se preguntó si él le había escuchado.

—¡Déjalo! —le tomó de la muñeca—. Lo frígida no se te quita nunca, ¿no?

Alicia sacudió la mano y logró que la soltara. Tenía las mejillas enrojecidas y sintió que la furia le despejaba la cabeza. No lo hagas, pensó con la presión del miedo en las sienes. No lo hagas. Pero ya se inclinaba sobre la mesa con una sonrisa lenta. Los ojos enormes y brillantes bajo las luces intermitentes del local. Alejandro se inclinó, con aire conspirador. Alicia de pronto parecía tranquila, la pálida

piel casi amarillenta, los ojos verdes eran dos puntos de luz en medio del borrón de la realidad a su alrededor.

—Abre la boca —musitó ella.

Lo hizo en un tono suave. Uno que Alejandro pudo escuchar a pesar del estruendo a su alrededor, del hombre a unos metros que coreaba la canción a todo pulmón. Se movió sobre la mesa y la contempló, de pronto fascinado. Alicia no era hermosa. Era flaca, alta y con el cabello rizado. Pecas enormes que parecían manchas, nada atractivas. Pero él se la había cogido. Y más de una vez. No era mala en la cama. Era tímida, era extraña. Pero Alejandro todavía recordaba sus jadeos, la forma en que su cuerpo se restregaba contra el suyo. Sonrió. Todo pareció ralentizarse a su alrededor, la música ondular como un murmullo grotesco. La piel de ella era caliente, seca. El rostro, una colección de sombras.

—¿Qué vas a hacer?

—Abre la boca —repitió ella.

Alejandro tomó otro sorbo de cerveza. Se medio incorporó de la silla y entreabrió los labios. Ella extendió las manos, le tomó el rostro con fuerza y le escupió en la boca.

— *Damnare feles* —murmuró Alicia entonces y, antes que él pudiera reaccionar, le soltó.

Alejandro se quedó petrificado y asqueado. Sintió la saliva caliente, ácida y espesa de Alicia en la lengua. No había nada de excitante en el gesto, nada carnal ni lujurioso. Ella permaneció de pie y luego solo sonrió. Los dientes desiguales, los ojos como dos rendijas brillantes en la penumbra nimbada de humo que la rodeaba.

—¿Qué coño te pasa, perra asquerosa? —balbuceó Alejandro—. ¡Puta de mierda!

Pero ella ya no estaba ahí. La vio alejarse con paso torpe entre los que bailaban, se tocaban y se abrazaban en el reducido local. Alejandro escupió al suelo, se restregó la boca con un trozo de papel. El sabor ácido, desagradable, no se iba. ¿Qué coño te pasa? No es la primera vez que te hacen algo parecido, pensó Alejandro. Se encontró de pie, tambaleándose, una botella ya tibia entre los dedos. ¡Puta! Se tomó otro sorbo y esta vez el sabor le pareció repugnante. Algo agrio, con un toque áspero que le produjo arcadas. Puta de mierda, volvió a pensar. Estaba más borracho de lo

que suponía. Volvió a secarse los labios, chasqueó la lengua. ¡El puto sabor no se iba!

Tiró la botella al suelo. La vio rodar con lentitud, como si el tiempo se detuviera. Tenía calor, tanto calor que se encontró el rostro empapado de sudor. Los hilos húmedos le bajaban desde las axilas a la cintura, el jean húmedo. Sacudió la cabeza y comenzó a avanzar entre la multitud que gritaba. Los rostros contorsionados. Los cuerpos se estrechaban unos contra otros, se frotaban entre sí y Alejandro, invadido de pronto por una especie de marejada de sensaciones inexplicables, tuvo la sensación de que podía sentir la piel húmeda de los que bailaban. El chasquido de las caderas y los brazos que se envolvían y se aplastaban entre sí. Sacudió la cabeza, se restregó la boca de nuevo con la manga de la camisa. La risa chillona de alguien, no supo si era una mujer o un hombre. El *pumpumpum* del bajo de la canción estruendosa que se le clavaba en el pecho. Tenía que salir. Jadeó, empujó de un lado a otro a un hombre. Escuchó un gruñido de furia, alguien le tiró del brazo. Se sacudió enfurecido.

Después corrió hacia el pasillo que se ondulaba a la derecha y se abría en vertical hacia arriba. No podía respirar, el pecho le dolía del esfuerzo de tomar un poco de aire. Náuseas otra vez. Se quedó de pie, los ojos apretados, mientras algunos rezagados entraban al bar con paso lento y entre risas. Una mujer le miró en la oscuridad antes de desaparecer en la humareda de olor acre. Los ojos le brillaban como dos puntos de luz.

Afuera, el estacionamiento estaba a reventar, pero el extremo derecho estaba casi vacío. Quizá por el concreto roto o la oscuridad jaspeada de verde que envolvía ese lado del solar. Había una vieja farola de luz amarilla, rodeada por lo que parecía una espesa membrana de insectos y la luz llegaba hasta ese extremo con dificultad. Era el más cercano a la calle, el que se abría junto a la calzada que bajaba hacia la calle rota. Estaba rodeado de árboles, enormes y viejos. Un rastro de la opulenta zona que había sido alguna vez aquel conjunto de casas arruinadas, en la que ahora se celebraban fiestas clandestinas y se abrían bares subterráneos. Alejandro se sintió un poco mejor. Caminó hacia un grupo de árboles y se quedó de pie junto a uno enorme. La mano apoyada sobre el tronco rugoso. El viento fresco con olor a humedad le

golpeó la cara y pensó en el río que estaba cerca. Una especie de hilo de agua sucia en el que incluso así crecía vegetación. La imaginó como la había visto al llegar: verde, casi selvática, ramas retorcidas, la hierba crecida y llena de espirales de moscas.

Le recorrió otro temblor de asco. Se limpió de nuevo la boca, escupió en el suelo. ¿Qué coño le pasaba? Tampoco era para tanto. Coño, había hecho cosas peores. Le habían hecho cosas peores. Se echó a reír. Se pasó la manga de la camisa por la boca. Tenía los labios irritados. El inferior estaba seco, estriado. Mierda, ¿le echaron algo en la bebida? Volvió a restregarse. Sudaba tanto que una gota de sudor le resbaló por la frente, le rozó la ceja y le columpió sobre el puente de su nariz hasta caer al suelo. ¿Tenía fiebre? Se tocó la frente. La piel le hervía. Coño, que no fuera el virus puto ese. Que no fuera…

Lo escuchó antes de verlo. Dio un salto sobresaltado y se echó para atrás. El sonido había sido claro. Algo se arrastraba entre la hierba, a unos metros del árbol. Las rodillas se le doblaron de un miedo ajeno, extraño. Era el sonido de algo lento. ¿Pisadas? ¿Un mendigo de los que se ocultaban en las casas de fachadas destrozadas y ventanas oscuras? Se limpió la boca de nuevo. Sintió algo húmedo entre los dedos. Sangre. A fuerza de frotar, se había roto la piel.

Era un gato. Apareció con paso lento, arrastrando sus enormes zarpas delanteras. Era gris y negro. Los ojos amarillos en la oscuridad. Emergió entre la basura. Las orejas erguidas. Se movía entre las sombras. El cuerpo ágil y gordo. La nariz rosa que palpitaba. Alejandro sintió un irreprimible asco al ver la humedad, la forma en que el gato parecía olfatear el aire. Se restregó de nuevo la boca. Lo mejor era irse de una buena vez. ¿Qué hacía ahí? Se echó a reír. Los pendejos tenían razón: ya no estaba en edad para esa borrachera.

Trató de encontrar su automóvil en medio de la multitud y le inquietó el pensamiento que no recordaba en realidad dónde lo había dejado. No lo recordaba, como si fuera incapaz de ordenar los pedazos de imágenes en su mente. Se vio llegar al bar, la mesa con el grupo. La cara redonda de Natalia, los rostros morenos de Javier y Ana, tan parecidos entre sí que siempre le provocaba incomodidad. Y Alicia, inclinada sobre la mesa. Bebía. Le

sorprendió verla ahí. La madre había muerto… ¿Qué? ¿Dos meses antes? Tres, se recordó y volvió a mirar alrededor. Tres meses antes y ella ya estaba de parranda, la muy putañera mosquita muerta. Tanto hablar mierda del amor por su madre, de la familia…

Alejandro apretó los puños. Volvió a dar una vuelta sobre los pies. Recordaba eso, pero no lo ocurrido antes. No recordaba conducir hasta el bar. No recordaba nada antes de la mirada de Alicia, la expresión fastidiada de ella. ¿Qué? ¿Ya no quería verle a la cara después de haber cogido? Se restregó la boca otra vez. Se rascó los labios con las uñas. La comezón era ardiente. ¡Y el malparido calor! Se sacudió la camisa, tomó una bocanada de aire. ¡Mierda! ¿En pleno octubre este calor?

El gato se había acercado a él. Y ahora no estaba solo. Eran cuatro. El gris que ya había visto estaba a su derecha y ahora había uno amarillo. Otro gordo y enorme de pelaje abundante y sucio. Uno blanco sucio. Todos, amontonados sobre el pedazo de acera. Le miraban, pensó Alejandro, y supo que, aunque era una ridícula, una sin sentido, era lo que pasaba. Lo estaban mirando. Los ojos como puntos de luz en la semipenumbra. El amarillo inclinó la cabeza y se pasó la pata sobre la cabeza y después sólo volvió a quedarse quieto. La cabeza redonda de orejas puntiagudas como una sombra entre las sombras.

Alejandro comenzó a caminar por la línea de árboles hacia el otro lado del estacionamiento. Tenía tanto calor. La piel le rezumaba sudor. La ropa estaba mojada, maloliente. Caminó, restregándose la boca. Y entonces recordó a Alicia, que se sentaba en el vestíbulo de la vieja casa de su madre, con ese feo gato suyo entre las rodillas. Era naranja, pelados y las patas muy largas para la panza fea y rosada que le colgaba. Ella sonreía. Le gustaba sentarse allí. Le contaba historias.

—¿Te gustan las historias de fantasmas, Ale?

No, a él no le gustaban esas mierdas. Jadeó, se restregó la boca. Algo se movió al frente. Dos sombras enormes, grandes, rápidas. Un gato negro, otro de pelaje bicolor. El negro tenía un diente enorme que le sobresalía del hocico. Le escuchó maullar muy bajo. Una especie de vibración lenta, un silbido en la noche. Alejandro se paró en seco. Se rascó la boca, la sangre le manchó los dedos. Alicia sonreía en su mente, el cabello rizado que le caía contra la mejilla.

—En mi casa creen en esas cosas —murmuró ese día—, las creen de verdad, Ale.

—¿En fantasmas?

—En eso también.

Ella había sonreído. Alicia no era bonita, pero sin duda era atractiva. Y al sonreír esa belleza rara, de piel seca y rasgos duros, era más radiante que nunca. Alejandro pensó en ella, en su gato deforme, mientras el negro que tenía al frente avanzaba hacia él con el lomo encorvado. Bufando. ¿Estaba bufando? Se rascó la boca, se rascó los labios. El calor ahora le hacía sentir mareado, enfermo.

Dio un paso atrás, hacia el charco de luz junto a la esquina. Los cuatro gatos se habían multiplicado a seis. Y de hecho, mientras miraba, aparecieron dos más. Se movían rápido, sigilosos. Cuando miró al frente, el negro y el gordo con el pelaje a dos colores ahora eran parte de un pequeño grupo. ¿Diez? ¿Una docena? Alejandro jadeó, se hizo a un lado. Un cuerpo caliente le rozó los tobillos. Se escuchó gritar. Se rascó la boca. Las gotas de sangre le mancharon las yemas de los dedos.

—¿También? —estaba aburrido, sentado en ese salón. Había venido para cogerse a Alicia. ¿Qué tanta charla?

—También, Ale. Los que creemos lo hacemos en muchas cosas.

Ella se levantó y el gato saltó de sus rodillas. Tenía buenas tetas. Ese día llevaba un vestido blanco, suelto, que la hacía ver radiante, a pesar de su piel quemada por el sol, las pecas enormes y feas, la nariz ancha. Pero ese día le pareció hermosa. Ella ladeó la cabeza, el cabello rizado que le rozaba la mejilla redonda, las manos abiertas junto a las caderas.

—Creo en muchas cosas.

Alejandro se encontró corriendo por la calle, entre la fila de árboles más tupidos y hacia el río. No sabía cómo había llegado ahí, pero huía. Eso sí lo sabía de claro. Huía, cada vez más sofocado por el calor, la camisa convertida en un peso sobre la piel. Y el miedo, el miedo. Se frotó la boca con tanta fuerza que cuando tosió, en busca de aire, escupió sangre. La saliva era un hilo, la sangre una gota negra en la oscuridad.

Los gatos le seguían. Docenas de gatos que corrían detrás de él, que bufaban con los pequeños colmillos visibles. Una jauría que se movía en la oscuridad, sombras entre sombras. Los ojos brillantes.

Puntos de luz a la distancia. Entre las grietas en la argamasa de los muros que se extendían al otro lado de la calle. Gatos que aparecían de entre los escombros de las casas vacías, de entre las grietas de la argamasa de los muros al otro lado de la calle. Que parpadeaban en las copas de los árboles. Sombras movedizas con dientes pequeños y blancos. Gatos que aparecían por entre las rocas, en la oscuridad. A una distancia imposible, con una rapidez inexplicable.

Alejandro gritó. O quiso gritar. Pero no podía. Tenía tanto calor, la piel abrasada por un fuego invisible, que hacía que la piel escociera, que los dedos se inflamaran. Calor, calor. La boca llena de heridas y rasguños. El pecho cerrado. El río, el río estaba cerca. Estaba lleno de mierda y basura, pero había agua, había agua. Podía escuchar cómo golpeaba las rocas, el concreto de la embocadura tan vieja que estaba abierta en dos. Agua. Podía mojar las manos ahí, podía…

Un gato saltó en la noche. Uno pardo, con un ojo vacío y la boca enorme. Alejandro sacudió las manos, aterrorizado, pero lo tenía encima, las garras diminutas aferradas a sus brazos. Jadeó en busca de aire y avanzó, con el gato que bufaba y maullaba como un lamento. Los ojos eran grises y brillaban como iluminados por una luz interior. Trató de avanzar, pero ahora todos los gatos estaban ahí, le rodeaban. Un círculo de sombras y ojos brillantes. Gatos que le seguían en su carrera desesperada y torpe, que se detuvieron cuando cayó de rodillas. Alejandro tosió, trató de tomar una bocanada de aire. Un gato le dio un zarpazo en la cara. Otro le mordía las pantorrillas. Los sintió treparse sobre él, sacudirse calientes contra su cuerpo. Alejandro gritó o quiso gritar de nuevo. Pero solo logró gemir. Era dolor, era miedo, la piel se le caía a pedazos. La piel hervía. Los ojos lloraban sangre. Un gato le clavó las zarpas en la boca, arañó con fuerza los labios heridos. Los ojos eran dos monedas brillantes en la oscuridad. Verdes, enormes, llenos de rencor.

Antes de resbalar por la pendiente y caer al río, Alejandro pensó en Alicia, que creía en muchas cosas.

—En cosas siniestras —decía ella en su mente. Se abrió el vestido blanco y se desnudó.

Natalia se quedó de pie junto al automóvil. Javier y Ana se habían ido hace un rato, pero ella al final tuvo que volver a entrar

al local para ir al baño. Había vomitado —¡una adulta!, pensó avergonzada— y después se sentó unos minutos a la barra, con una botella de plástico con agua. Se la tomó a sorbitos. Cuando finalmente pudo caminar, la música era un retumbe sordo y bajo. Le latía la cabeza, dolorida, pero sobreviviría, pensó con sorna.

El estacionamiento tenía un aspecto desolado, a pesar que estaba lleno de vehículos y había una pareja riéndose en alguna parte. Un poco aturdida, Natalia caminó hacia la izquierda, justo bajo la farola cubierta de telaraña. Su destartalado Ford blanco tenía un aspecto simple, como algo salido de un lugar lejano, más antiguo.

Entonces la vio. O eso creyó. Una mujer vestida de blanco que caminaba por la calle. Parpadeó, con un sobresalto. No había nada. Era sólo un gato, enorme y gris, que había saltado de la rama de un árbol al suelo. Natalia sintió de nuevo náuseas y deseó estar en su casa, en la habitación cerrada. Se subió al automóvil y cerró con seguro las ventanillas. Y sin saber por qué, pensó en Alicia, que sonreía una vez en su casa, cuando era niñas. Once años apenas. Tenía los ojos enormes, verdes y brillantes. Como un gato, pensó casi distraída. Estaban sentadas una junto a la otra, leyendo revistas.

—En mi casa creemos en algunas cosas siniestras —había dicho Alicia—, de verdad siniestras.

Autómatas

Portada

Aubrey Beardsley

Dirección

Miguel Antonio Lupián Soto

Selección

Adrián «Pok» Manero
Miguel Antonio Lupián Soto
Edna Montes
Aglaia Berlutti
Mariano F. Wlathe

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Arte

Candelario Martínez

Contacto

Penumbria.mx

Facebook.com/Penumbria
@RPenumbria
revistapenumbria@gmail.com

Notas

[1] Jerga de la provincia del Carchi, Ecuador. Sombrero. < <

[2] Pedazo de tierra. < <

[3] Ubicado en el Carchi. < <

[4] Carchense. < <

[5] Planta nativa del páramo. < <

[6] Musgo. < <

[7] Halcón pequeño. < <